

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 28 DE AGOSTO DE 1916 →

Núm. 1.809

LA GUERRA EUROPEA. - EN MACEDONIA



Soldados serbios en la estación militar de Salónica partiendo para el frente de batalla

(De fotografía remitida por Carlos Trampus)

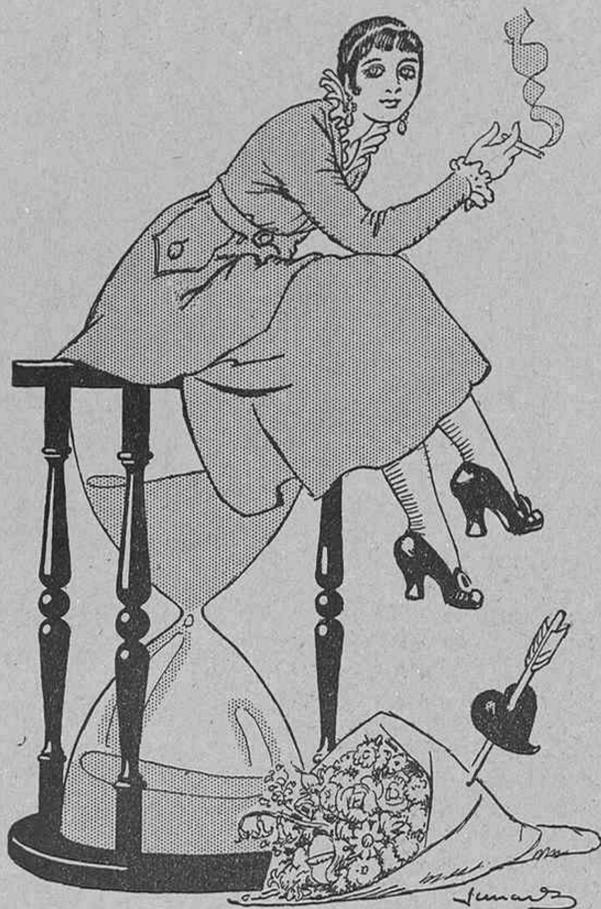
El ejército serbio, completamente reorganizado y equipado por los aliados, ha sido reconcentrado en Salónica y recientemente enviado al frente de batalla, en donde no ha tardado en ponerse en contacto con las tropas búlgaras, habiéndose ya trabado algunos combates, en los que los serbios han colaborado valientemente en la ofensiva emprendida por los anglo-franceses.

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407

Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN. Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS PERFORADOS STANDARD. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.**
 Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



También Cronos detiene su curso,
 de mi cutis al ver la frescura,
 desde que uso la **Crema** y los **Polvos**,
 el **Agua** y el **Jabón PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

dispepsias, gastralgias, malas digestiones, vomitos, inapetencia, diarrea, estreñimiento, convalecencias difíciles, vomitos de las embarazadas, etc., etc., se curan siempre con el

ELIXIR GIOL

AL POR MAYOR. — Laboratorio Químico-Farmacéutico COLL OLIVÉ, BARCELONA
 CONCESIONARIO PARA SUD-AMÉRICA: F. LÓPEZ, San José, 841. — BUENOS AIRES
 y en todas las farmacias

DICCIONARIO
 de las lenguas española y francesa
 por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NO MAS VELLO
 POLVOS COSMÉTICOS de FRANCIA
 DEPILATORIO
 NO IRRITA EL CUTIS
 QUITA
 EL VELLO Y EL PELO
 MATA LA RAIZ
 PRECIO 2'50 P. L. BOTE
 EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS
 AL POR MAYOR-BORRELL HERNÁNDEZ ASALTO, 52, BARCELONA
 SE RECIBE POR CORREO CERTIFICADO, ANTICIPANDO 5 P. L. 50

Tricófero Padró
 para quitar la caspa, canas, mal en la cabeza y caída del pelo. Es el tónico y regenerador del cabello más antiguo y acreditado de España. Hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural, frasco 1,50 pesetas. Venta en droguerías y perfumerías. — Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo.

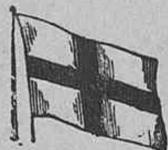
BALNEARIO RIUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.



VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

Pinillos, Izquierdo y C.^a

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

- 47.075 toneladas Morson de registro total

LÍNEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO para PUERTO RICO y HABANA por el nuevo y lujoso vapor correo de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provisto de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

INFANTA ISABEL

Servicio rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON.

LÍNEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO MENSUAL RÁPIDO Y DIRECTO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º



Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos

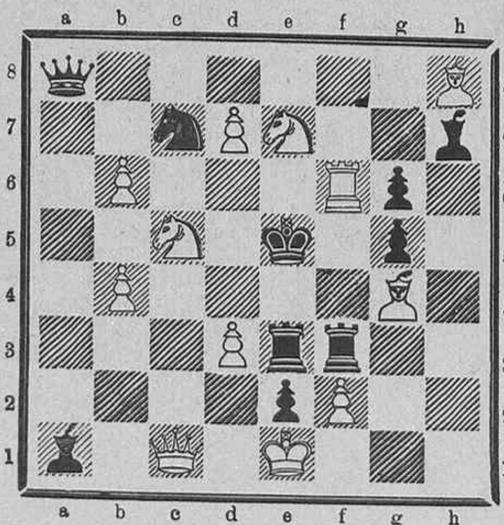
Barcelona.



AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 693, POR A. F. MACKENZIE

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (12 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan maté en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 692, POR «G. W. M.»

1. Tg3-d3.

Ilustración Artística



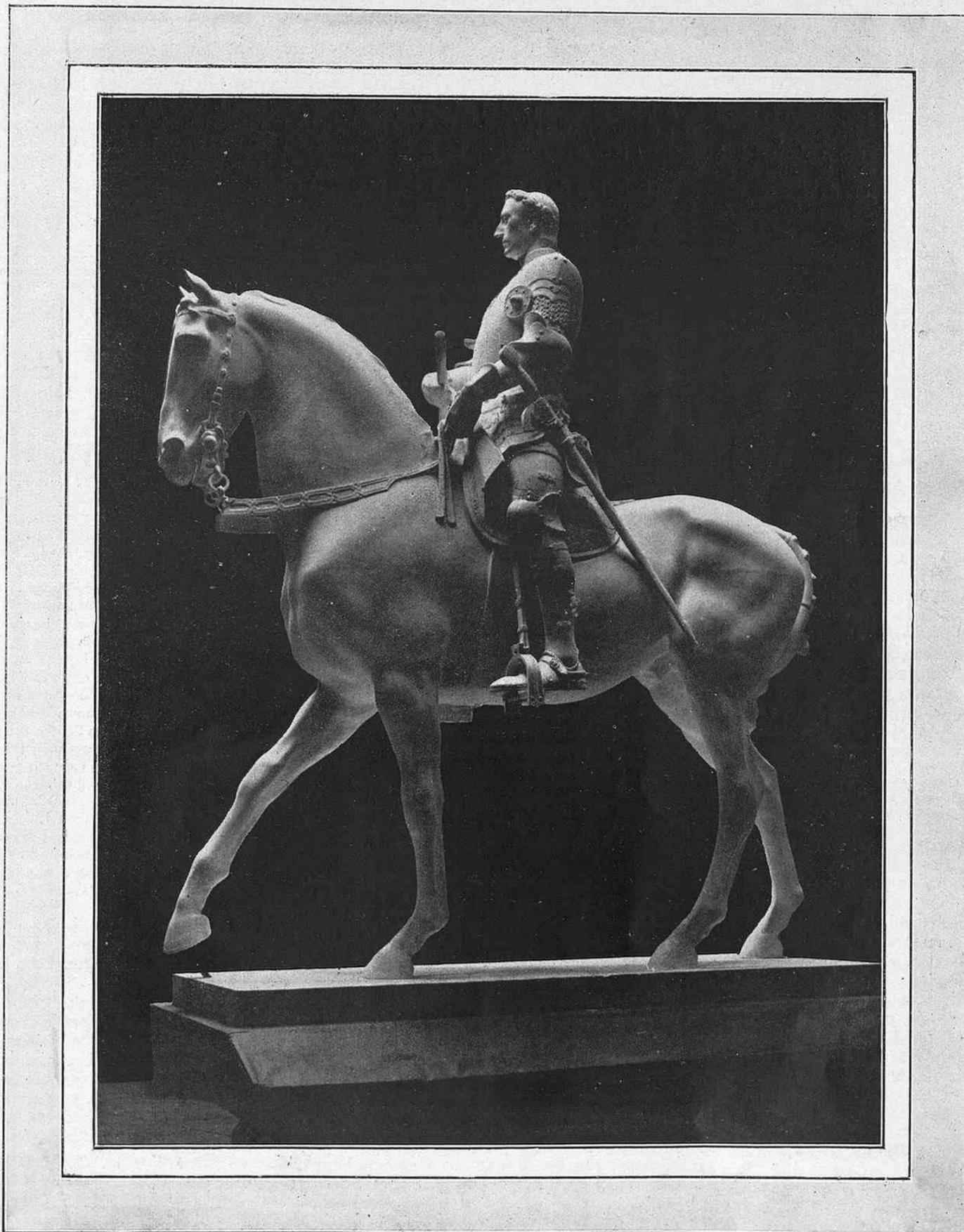
Artística

Año XXXV

BARCELONA 28 DE AGOSTO DE 1916

NÚM. 1.809

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



Estatua ecuestre de Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán»,
destinada al monumento que se erige en Córdoba. Obra del celebrado escultor Mateo Inurria
(De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La venganza de las flores*, por José Mas. — *La guerra europea*. — *Santander. Concursos de lawn-tennis e hípico*. — *Vitoria. Clausura del Concurso obrero*. — *Excmo. señor D. Francisco Peris Mencheta*. — *La buena ventura*, por Carlos Cambrero, dibujos de Mas y Fondevila. — *Barcelona. Concurso de natación organizado por el Fémnia Club Natación*. — *Brihuega. La Real fábrica de paños de Carlos III*, por Manuel Asenjo. — *Libros*.

Grabados. — *Estatua ecuestre de Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán»*; *Vieja segoviana*; *Gitana*; *Cabeza retrato*, obras de Mateo Inurria. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *La venganza de las flores*. — *La guerra europea*. — *La trapeza*, cuadro de O. Birley. — *Gentil pareja*, cuadro de J. B. Luks. — *La esclava*, cuadro de J. Llimona. — *Familia holandesa*, cuadro de F. Charlet. — *Excmo. Sr. D. Francisco Peris Mencheta*. — *Notas gráficas de Santander, Vitoria, Barcelona, Brihuega y Nueva Jersey*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la vida literaria, unas figuras se esfuman entre las nieblas del pasado lentamente, y otras persisten como si las estuviésemos viendo, sin que en esta operación de nuestra mente influya para nada nuestra voluntad... Todavía voy a añadir: ni tampoco, en grado sumo, el talento del escritor recordado u olvidado.

Si un escritor ha grabado honda huella, por circunstancias a veces ajenas a la cuantía de su mérito, en sus contemporáneos, éstos no le olvidan tan fácilmente. Es decir que no siempre son los olvidados los que merecen serlo, ni guarda proporción la suma de olvido con la del valer del prosista o del poeta.

Al recibir el estudio biográfico sobre Manuel Reina, publicado por Eduardo de Ory, he pensado en que el vate de Puente Genil es uno de estos olvidados ya, que merecían alguna mayor consideración de la posteridad ingrata.

Tal vez la explicación del olvido que rápidamente ha envuelto la figura de Manuel Reina, tenga explicación por la misma abundancia de nombres ilustres que fueron sus contemporáneos.

Yo no tuve lo que se dice amistad con Reina, ni ninguna de mis viejas plumas creo que figurará en la colección que formaba. Llevé con él relación cordial, eso sí.

Esto, que no parece nada, tiene su valor.

Cuando se recorre una larga carrera literaria, tratando y hallándose en comunicación con todas las personas algo notables de su tiempo, hay ocasión de apreciar la persistencia de la cordialidad, de la cortesía.

He tenido yo amigos entusiastas, o que lo parecían (y entre ellos se contaban altas figuras de las letras), que según fué acentuándose en favor mío el interés del público y de la crítica, se colocaron en una actitud sombría, reticente, cuando no francamente hostil, como si declarasen que no querían acompañarme por el camino de lograr un poco de gloria... o como se diga eso.

Mi amabilidad, mi constante buen proceder, mis francos elogios, no bastaron para hacerme recobrar la benevolencia de aquellos que, en épocas anteriores, me la dispensaban. Y si no podía increparles, como a Dante Beatriz, exclamando:

*Quando di carne a spirito era sa'ita,
e bellezza e virtù cresciuta m'era,
fù io a lei men cara e men gradita*

porque ni yo era Beatriz ni eran Dantes ellos, al menos debí preguntar asombrada:

«¿Pero no soy la misma a quien ensalzabais, a veces hasta provocar rubor? ¿No tengo de ello testimonios? ¿En qué he desmerecido?»

¡Bah! La explicación no tenía por qué calentar mucho la cabeza... Lo que ocurría es que la explicación era triste, poco halagüeña para la naturaleza humana. Así es que mi amistad con aquellos que no estaban en tal caso, creció, gané en quilates. Estimé más la simpatía de los Galdós, de los Cánovas y los Castelar, de los Campoamor y los Valera, de los Coloma y los Verdager, de tantos como fueron amigos constantes y cuya lista no es corta.

Hay compensaciones, hay gente buena por el mundo.

Como dejo dicho, con Manuel Reina no tuve intimidad. Cuanto diré de él, no estará influido por parcialidad, siquiera involuntaria. Ante todo, reconozco que en efecto este poeta tuvo el corazón

siempre a la envidia cerrado
a la bondad siempre abierto.

**

Tomo pues el libro del Sr. Ory, y en él me fundo. Manuel Reina, sin ser de esos amados de los Dioses que mueren jóvenes, murió en edad que todavía

permitía esperar sazonados frutos de su ingenio. Tenía, al dejar el mundo, cuarenta y ocho años, y había nacido en el de 1856.

Fué poeta, y nada más. Lo fué desde muy temprano, y a los veinte años vió la luz su primer libro, *Andantes y Alegros*. Manuel de la Revilla, que bajo su áspera corteza de crítico implacable era un espíritu muy generoso y encontraba placer en descubrir tierras hasta entonces ignoradas, dió el espaldarazo a Manuel Reina, diciendo de él que era «un adorador de la luz, en que se baña con voluptuosidad; que encuentra bello el mundo, y que, en sus rimas, para el que sabe atender a ellas, palpitan las tristezas de la vida, sentidas finísimamente, y se percibe, como un perfume, la gran melancolía de las cosas.» Tal melancolía, a pesar del humorismo, también se ha percibido en Campoamor.

La segunda colección de poesías de Reina se titulaba *Cromos y acuarelas*, y vió la luz con un prólogo, muy encomiástico, de Fernández Bremón, que encerraba como la esencia de aquella poesía en un aforismo: «Idear bellezas, es la ocupación más noble del espíritu.»

No cabe duda que en la poesía de Reina hay un prurito de ideación de hermosura, de una hermosura especial, en que irradiaba un concepto optimista, sano y acompasado, del vivir.

Porque todo poeta, si se mira bien, idea belleza, pero belleza peculiar suya, y cuanto más peculiar, mejor.

Así, por ejemplo (y es el primero que se me ocurre), el lírico francés Mauricio Rollinat también idea belleza; pero ¡cuán distinta de la de Reina, cuán distinta!

Es la belleza de lo horrible, a veces, y otras, la de las visiones de un cerebro enfermo y un alma en pena visitada por el diablo o, al menos, por la sensación continua de la muerte.

Baste un ejemplo, su poemita *Las mariposas*. Es uno de los menos tristes de la colección titulada *Los refugios*, y las describe saliendo radiantes y dulces de los limbos de la crisálida, bebiendo perfumes en la brisa, viajando por el aire, temblando en el cáliz de la flor, perdiendo un poco del polvillo de sus alas al roce del cardo azul, semejantes a florecillas que vuelan, y alegrando los ojos con el reflejo de la pedrería que parece sembrada sobre sus alas.

Pero ¡ay!, he aquí que de pronto la mariposa llamada *Esfinge Atropos* aparece... En su coselete se ve, claramente, la figura de una calavera... Y el poeta supone que repite la mariposa: «Tú serás cadáver, tú lo serás...»

Compárese este final pesimista con el bello final de un soneto de Manuel Reina, que no resisto al deseo de transcribir:

Llenó el vergel Apolo de armonía,
y recostado en suelo floreciente,
a la margen durmióse de una fuente
que entre lirios y céspedes corría.

Sale entonces, callada, de la umbría
desenroscando el cuerpo, una serpiente,
y hundió su corvo, emponzoñado diente
en el pecho del Dios de la poesía.

Las aves que poblaban la espesura
a la queja de Apolo dolorosa
respondieron con gritos de pavora;
y en la tierra, que ungió la generosa
sangre de la traidora mordedura,
vió la primera luz el laurel rosa.

He aquí cómo la riente fantasía del poeta meridional canta el mito antiguo y le comunica el sentido moderno, delicado, lírico, sentimental.

En 1894 publicó Reina, y me envió, el tomo de *La vida inquieta*. No recuerdo si le dije o no le dije en carta particular el agrado con que lo leí; pero es lo cierto que, por aquel entonces, ya no publicaba yo en la prensa un solo renglón dedicado a escritores vivos.

Era una abstención que me había impuesto desde que, por elogiar a algunos escritores en el *Teatro Crítico*, me había hecho de esos escritores enemigos *figadales*, como dicen en Portugal.

Por eso tampoco habré hablado de *La vida inquieta* en letras de molde, a pesar de que en aquel volumen está concentrado lo mejor de la inspiración de Reina, más tal vez que en obras posteriores, como *La canción de las estrellas* y *Los poemas paganos*.

La razón sería, sin duda, que la musa de Reina era esencialmente lírica, traductora de sentimientos e impresiones propios, y al desarrollar temas objetivos, cambiaba de rumbo, sin ventaja.

En todas las ocasiones, sin embargo, Reina demostraba profundo respeto a los derechos del Arte. Siendo generalmente estos líricos del Mediodía fá-

ciles y copiosos, suelen propender a la descuidada espontaneidad.

Reina, nos lo dice su biógrafo, pulía y acicalaba cuidadosamente todas sus composiciones, y tal vez no fué por eso lo que se dice un poeta demasiado fecundo. Había en él el espíritu de un parnasiano, de un cincelador de la rima (si no había el estatuario vigor, digno de Fidias, de un Leconte de Lisle).

Estas cualidades de perfección, se demostraron también en su último volumen, *El jardín de los poetas*, obra de madurez, pensada y trabajada, en que el conocimiento del Arte se ha intensificado por el estudio.

Le llamo último volumen, pero veo que hay otro póstumo, titulado *Robles de la selva sagrada*, y el señor Ory incluye en su estudio biográfico algunas composiciones que habían quedado inéditas y que bien merecen no perderse, porque son muy bellas.

Al recorrer la serie de sus obras, se ve más clara la influencia que en Reina ejercieron los «robles de la selva sagrada», los grandes poetas de todas las edades.

Hay composiciones de este cantor de Puente Genil que recuerdan a Heine, a Lenau, a otros líricos alemanes.

Sirva de ejemplo la canción en que el poeta, después de decirle a su amada a qué usos tiernos y galantes piensa dedicar su faja de brillante seda, y cómo le va a servir para hacerla un columpio, una espléndida escala para hablar con ella a solas en su alto balconaje, una alfombra para que bailen sus pies primorosos, cintas de escarlata y azul para ornar su garganta nivea..., exclama que también hará una soga para ahorcarse, si la hermosa algún día le engaña.

Y quizás mayores reminiscencias pudieran descubrirse en el *Canto de Mayo*, que recuerda aquel famoso *lied*:

*In wünder-schönen Monat Mai,
als alle Knospen sprangen...*

Son estas reminiscencias inevitables entre poetas modernos, y no es poco saber beberle el alma, en algunas estrofas, a un poeta como Enrique Heine, para mí el mayor acaso de los líricos después del otro hebreo como él, Salomón. Entre los poemas hasta ahora no publicados de Reina, hallo uno que por de Heine tomaríamos, si no supiésemos que no lo es. Dice así:

Hoy he vuelto al jardín, amada mía,
al jardín del amor,
donde bebí a raudales la ambrosía
de tus labios en flor.
Hoy, como ayer, el surtidor de plata
fulgura y canta en él,
y la opulenta rosa de escarlata
acaricia al laurel.
Como en tiempos mejores, su frescura
y sombra da el parral,
y refleja del cielo la hermosura
el lago de cristal.
Mas ¡ay! aquella estatua de alabastro
que ergí a nuestro amor;
la que el jardín llenaba como un astro
de níveo resplandor;
la que al céfiro daba sus guedejas,
la ninfa virginal,
entre cuyos dos senos las abejas
labraron su panal,
hoy yace sobre el césped aromado
rota y sin esplendor,
y en su divino seno se ha posado
y llora un ruiseñor...

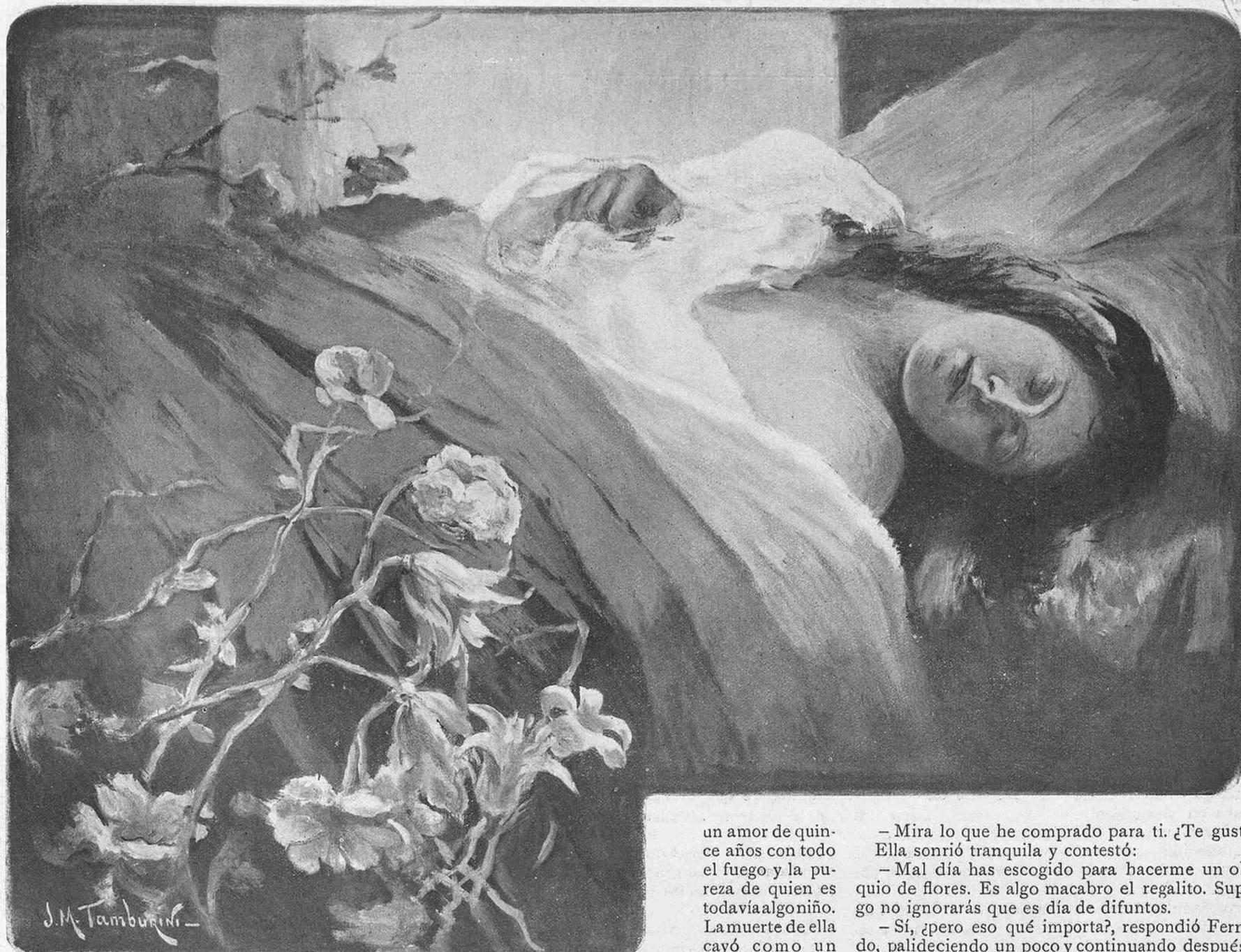
Heine lo hubiese dicho en dos o tres estrofas menos: ya se sabe que los meridionales hablan siempre más que los del Norte. Pero mejor, no lo hubiera dicho.

En suma, yo alabo y estimo la obra del Sr. Eduardo de Ory, que refresca la memoria de un poeta tan simpático, en estos tiempos en que los muertos literarios van demasiado aprisa, como en la célebre *Balada*. Deseo que no se marchiten los lauros del cantor de Puente Genil, y se rectifique el juicio, excesivamente severo, que de él formó el Padre Blanco García, en su *Literatura española en el siglo XIX*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA VENGANZA DE LAS FLORES, POR JOSÉ MAS, dibujo de Tamburini



Las flores se movían como seres animados

I

— Señorito, tenemos rosas, dalias, jacintos, narcisos, pasionarias, magnolias, geranios, hortensias...

— No se moleste usted, replicó Fernando sonriendo del discurso de la vendedora, que iba enumerando flores con una rapidez vertiginosa; quiero flores de todas clases. ¡Ah! No se olvide de poner muchas violetas. Por lo demás, puede prepararlo a su gusto. Usted sabrá más que yo de esas cosas.

— Muchas gracias, señorito, por la fineza. ¿Quiere usted sentarse mientras le preparo el ramo?

Y viendo la acción a la palabra, le alargaba un rústico asiento.

— No, esperaré de pie. Supongo que no tardará usted mucho en terminar esa obra de arte.

— Al momento lo tendrá usted arreglado.

Y sonriendo bondadosamente, se dispuso a confeccionar el *bouquet*.

Fernando, mientras tanto, pensaba en su vida pretérita. Ante él la calle Alcalá se extendía ancha y dorada por el sol; un sol triste, débil, mortecino, que luchaba contra el frío y la niebla de aquel día de noviembre. Se abrochó el gabán y movió los pies. Estaba casi helado. Un viento cortante le azotaba el rostro. El invierno se adelantaba y la gran urbe no tardaría en cubrirse con el virginal sudario que fingiría la nieve silenciosa y hostil...

¡Pobre Violeta! En un principio de invierno como aquél entregó su vida llena de todas las esperanzas, cuando soñaba en felicidades próximas; y de improviso vino la enfermedad maldita, rápida, que lo arrastró todo, burlándose de los sueños y de las alegrías. ¡Siempre lo imprevisible haciéndonos comprender que no somos dueños más que del momento presente y que el mañana es una interrogación diabólica puesta en el libro en blanco de nuestro destino!

El recuerdo de Violeta, su primera novia, dormía en su corazón. Fué su primer amor intenso y puro,

bre su pecho. Y después de pasados algunos años, aun seguía la herida sin cerrarse. Fiel al recuerdo de la novia hundida en la sombra en plena juventud, Fernando siguió rindiendo culto a la imagen amada. Y recordaba los días claros de luz y de felicidad y aquellos domingos cuando en la reja envolvía a su novia en rosas, violetas y claveles, y ella, con su nombre simbólico, parecía la reina de aquel jardín improvisado.

Fernando, en holocausto a su memoria, todos los años en el día de difuntos, con emoción casi religiosa, alfombraba la blanca lápida de Violeta con una lluvia de flores; pero aquel año había vuelto a florecer en su alma un nuevo amor...

— ¿Está usted contento, señorito? Se lleva usted lo mejor de mi puesto. ¡Vaya un ramillete que parece un arco iris!

— Sí, mujer, muy bonito.

Y tomando de manos de la vendedora el ramo, pagó su importe y esperó el paso de un tranvía que lo condujese a las Ventas. Como juguetes mecánicos cruzaban deslizándose por los railes y poniendo su nota de color en la blancura de la calle; pero el que necesitaba no venía. «Todo conspira para hacernos perder el tiempo y la paciencia», pensaba Fernando. Era curioso; siempre le sucedía lo mismo; cuando esperaba una cosa, le salía al encuentro otra. Lo más práctico sería vivir impensadamente, aguantando las burlas de la vida con una indiferencia rayana en estoicismo.

Todo llega y todo pasa, dice un adagio no sé si indio o árabe. Y en efecto el tranvía llegó; pero indudablemente aquel día era un día aciago. No bien se hubo subido a la plataforma, dióse cuenta con el natural asombro que en el interior del coche iba la familia de su nueva novia. No pudo ocultarse a sus miradas, Elvira misma le sonreía haciéndole señas. No tuvo más remedio que adelantarse y saludar a la familia. Después con naturalidad y para desvanecer las dudas de su novia, le dijo:

un amor de quince años con todo el fuego y la pureza de quien es todavía algo niño. La muerte de ella cayó como un martillazo sobre sus ilusiones, como un ascua so-

— Mira lo que he comprado para ti. ¿Te gustan? Ella sonrió tranquila y contestó:

— Mal día has escogido para hacerme un obsequio de flores. Es algo macabro el regalito. Supongo no ignorarás que es día de difuntos.

— Sí, ¿pero eso qué importa?, respondió Fernando, palideciendo un poco y continuando después de una pausa: Las flores son siempre flores y a ti te gustarán lo mismo hoy que en el día de San Pascual Bailón.

Volvió a sonreír ella con las humorísticas palabras de su novio y contestó:

— No me hagas caso. Ha sido una broma. Serán esas flores un símbolo de nuestra dicha presente. Para los extraños hoy es día de difuntos; para nosotros hoy es día de gloria; pero oye, ¿no sabías que íbamos a misa de diez?

— Supuse que iríais a la de doce, como los días festivos, y tomé el tranvía para entregarte el ramo antes de que salieras.

— ¡Qué bueno eres!

Fernando, silencioso, envolviase en la azul mirada de su novia. Y el amor nuevo, lleno de luz, adormeció el recuerdo de la muerta en aquel día, en el único que no tenía derecho a olvidarla.

II

Como si algún peligro los amenazase, aquella tarde Elvira y Fernando se quisieron más. Hubo momentos de sentimentalismo tan extremado, que tocaba los linderos de lo cursi. Ella no se separó un momento de su novio, y cuando él se dispuso a coger el sombrero para salir, Elvira se lo impidió.

— No te vayas; quédate a comer con nosotros; hazte cuenta de qué hoy es domingo.

Fernando solía quedarse a comer en casa de su novia algunas veces. No tuvo valor para negarse y accedió a la súplica de Elvira.

Aquel exceso de sensibilidad era muy extraño. El temperamento de su novia nunca habíase exaltado como aquel día.

Por fin, a las seis y media de la tarde logró Fernando salir, pretextando una visita urgente. De nuevo había acudido a su espíritu el recuerdo de la muerta y el remordimiento de su abandono le volvió a la realidad. Rápido se dirigió al puesto de flores, siendo recibido con frases admirativas de la vendedora; pero esta vez no quiso oír las majaderías de la vieja florista, y tan pronto como le preparó un

nuevo ramillete, mandó parar al primer coche de alquiler que halló a su alcance.

— A escape, al cementerio del Este. Buena propina si llegamos antes de que cierren.

— Me parece difícil, *señoritu*, respondió el auriaga, que era del mismo riñón de Galicia.

— Haz un esfuerzo, hombre.

— Ya *veremus*, *señoritu*, *peru creu* que no *llegamus*.

Y sin decir una palabra más lanzó un estornudo cavernoso, marcó un fustazo en las costillas del jamelgo, y el modesto simón empezó a dar tumbos sobre el adoquinado de la calle...

El cochero era hombre práctico. Cuando dieron vista al cementerio, habían cerrado ya. Fernando tuvo que volverse triste, meditabundo, con una emoción indescriptible de angustia y de remordimiento.

III

Fernando sufrió aquella noche una pesadilla terrible, cruel. Atenazada su voluntad por las garras del insomnio, vió a su nueva novia en toda su pureza de virgen. Contempló su cabeza orlada de cabellos negros descansando sobre la blancura de la almohada. Una vaga y dulce poesía flotaba en el ambiente. Una luz rosada envolvía la habitación en tonos vaporosos. Sobre el mármol jaspeado de la mesa de noche se erguía triunfante el ramo de flores.

De repente, como esos golpes que se sienten de noche sin saberse su verdadera procedencia, los tallos de las rosas, de las dalias y de los jacintos se alargaron; las varas de nardos, como delgados áspides, salieron del *bouquet* silenciosamente y se fueron enroscando en el cuerpo de Elvira. Era una visión enloquecedora. Las flores se movían, cambiaban de lugar como seres animados. El ramo poco a poco tomó la forma de un pulpo gigantesco que tuviese innumerables brazos. Culebrinas de colores se extendían por el dormitorio envolviendo al lecho, que

alargándose los tallos, y como por arte de magia surgían nuevos cálices y nuevos pétalos. De improviso del corazón del fantástico ramillete salieron en espirales cintas de violetas que se elevaban en el espacio y allí se deshacían en pétalos morados y caían

neo de los tranvías que empezaban a cruzar el bulevar.

Fernando, intranquilo y nervioso, dejó el lecho. Se miró al espejo. Estaba pálido, envejecido, como si hubieran pasado por él algunos años.

¡Qué débil la naturaleza humana!

Una sola noche de insomnios y era lo suficiente para adquirir aquella terrosa y livida amarillez de un cadáver.

Dos leves golpes sonaron en la puerta de su cuarto.

— Entra.

Era Pepe, su fiel criado.

— ¿Qué ocurre?, le preguntó.

— Es la doncella de la señorita Elvira, que desea hablar en seguida con usted; viene muy nerviosa.

— Pásala a mi despacho; dile que voy al instante.

Mientras terminaba de vestirse, Fernando notó que se nublaban su vista y que algo le subía del pecho a la garganta.

Con paso inseguro y vacilante entró en el despacho.

La doncella lo esperaba, oculto el rostro entre las manos.

— Pronto, ¿qué ha ocurrido?

Le temblaba la voz, tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

La doncella, dando riendas sueltas a su llanto e incoherentemente, repuso:

— ¡Oh, señor! ¡Una gran desgracia! ¡Mi pobre, mi buena señorita, qué horror!

Hizo una larga pausa la doncella, sin que Fernando se atreviese a preguntar nada, y prosiguió:

— Dice el médico que ha sido una imprudencia tener la habitación cerrada con un ramo de flores dentro. Habla de un ácido que asfixia; qué sé yo; lo único cierto es que mi pobre señorita ya no sufrirá más en esta vida.

Y rotas sus últimas palabras por el dolor, siguió sollozando desconsoladamente.

Fernando se desplomó sobre el asiento, perdidas



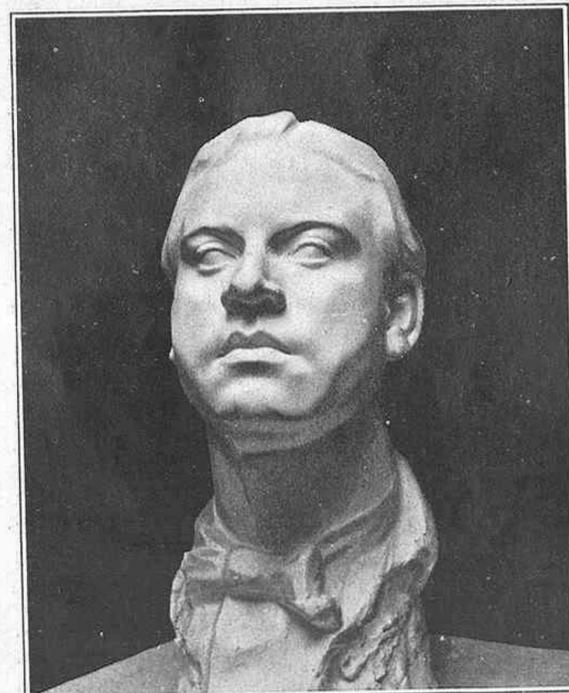
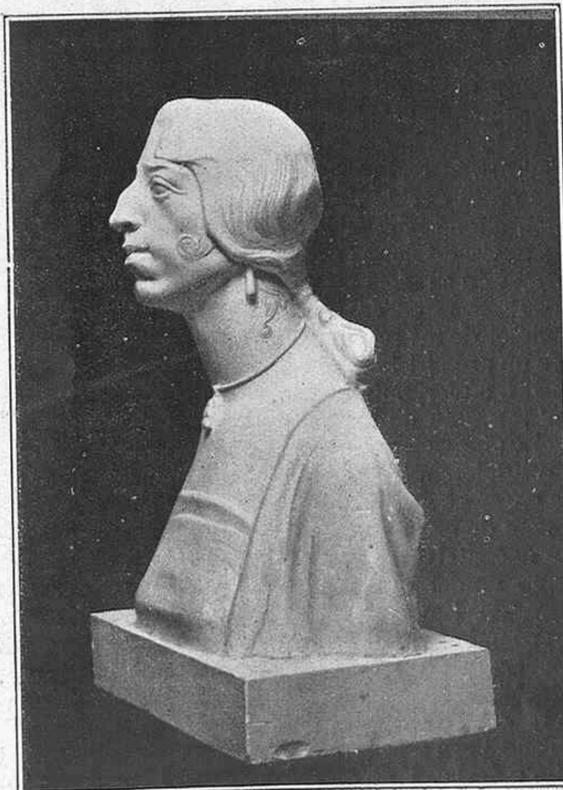
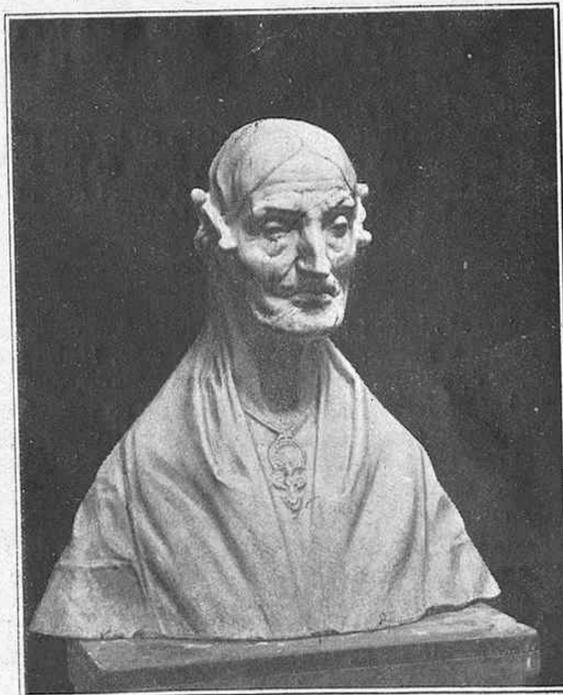
Detalle de la estatua ecuestre del «Gran Capitán» que reproducimos en la página 553
Obra de Mateo Inurria. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

como una lluvia sedosa y perfumada sobre el lecho. Después se movieron por algo invisible y sobrenatural.

Fernando lanzó un grito de horror. Las violetas, como en esos misteriosos juegos nigrománticos, se habían reunido formando una calavera que reía satánica sobre el rostro inmóvil y amoratado de Elvira.

IV

Poco a poco la luz del alba deshacía las sombras.



Vieja segoviana. — Gitana. — Cabeza retrato. Esculturas de Mateo Inurria. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

desaparecía entre aquella red policroma; pronto el cuerpo de Elvira se ocultó bajo aquellas serpentinadas perfumadas.

El fondo del ramo parecía inacabable; seguían

Sonaban las campanas y el piar triste de los pájaros, que temblaban de frío buscando abrigo en las ramas casi esqueléticas de los árboles.

Se oían el rodar de los coches y el sonoro tinti-

sus fuerzas, con esa emoción de terror que producen las desgracias que se han presentado y que surgen envueltas en las sombras del misterio.



Servicio religioso en el campo de batalla antes de marchar a las trincheras

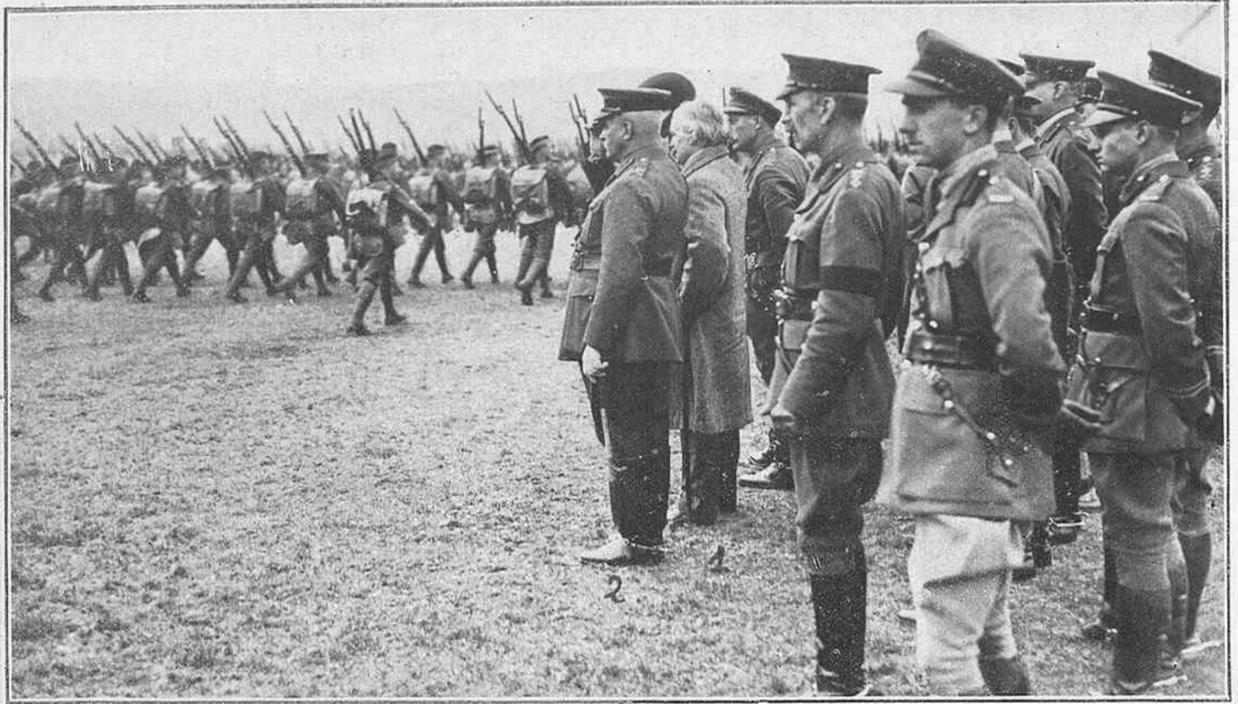


La hora de la comida en el campamento de un regimiento de caballería india

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En la región del Somme, los franceses han ensanchado considerablemente su frente al Sudoeste de Estrées; al Norte de Maupépás, en combinación con el ejército británico, se han apoderado de toda una línea de trincheras en un frente de unos 500 metros, llegando en algunos puntos a la carretera que va desde aquel pueblo a Guillemont; han ocupado todas las posiciones al Este de la carretera de Maupépás a Clery, en un frente de un kilómetro y en una profundidad de 300 a 600 metros; han conquistado gran parte de Maupépás; expulsando a los alemanes de un elemento de trinchera en que habían penetrado al Norte del mismo; han rechazado varios contraataques en este sector; y se han apoderado de un bosque fuertemente organizado entre Guillemont y Maupépás.

Los ingleses han tomado las cumbres que dominan

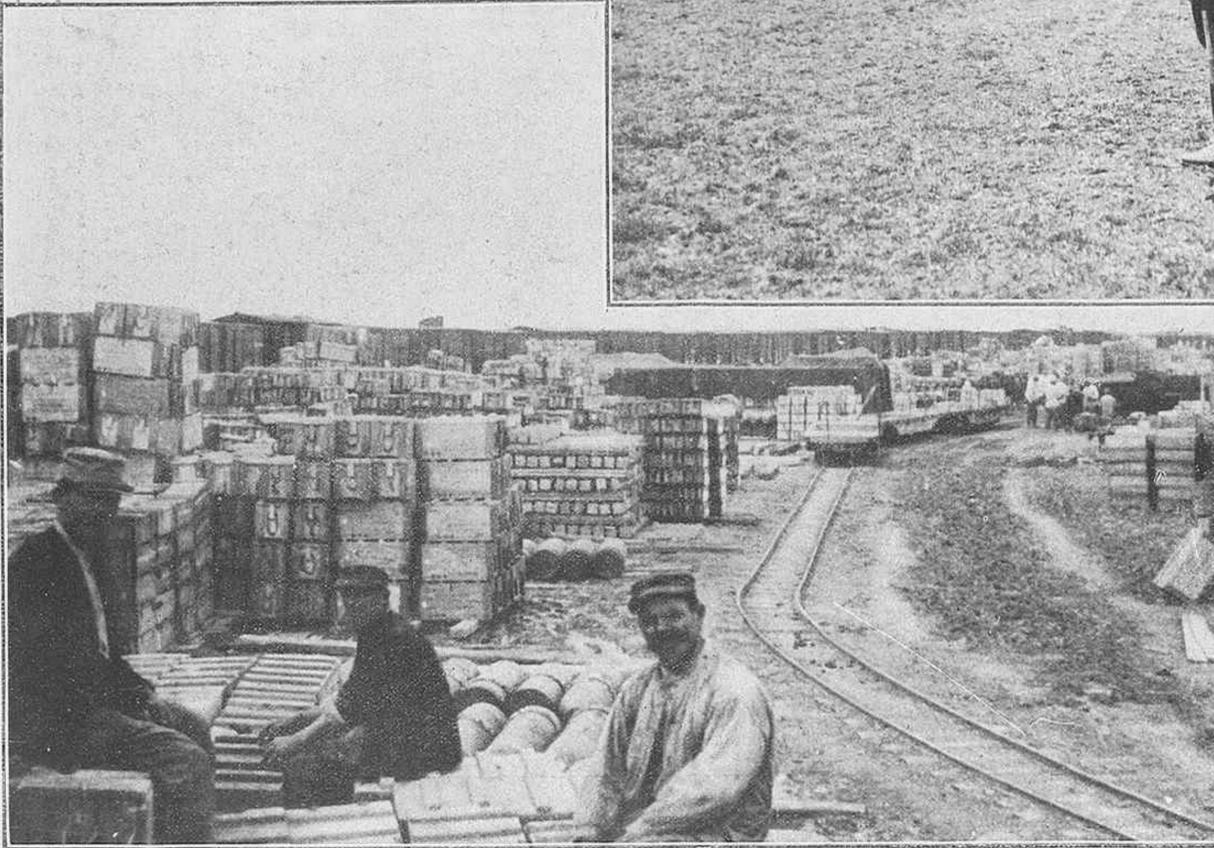


En Londres. — Mr. Lloyd George (1) y el general Sir Sam Huges (2), ministro de la Guerra del Canadá, presenciando el desfile de un batallón canadiense. (De fotografía de Central News.)

Oeste del mismo; y han extendido el terreno que habían ganado en Bazentin le Petit.

En la región de Verdún, los franceses han tomado algunos elementos de trincheras en un frente de 300 metros al Norte de Chapelle Sainte-Fine; han conquistado un grupo de casas en ruinas que los alemanes ocupaban en la parte Este de Fleury, pueblo que, en la actualidad, está totalmente en su poder, rechazando todos los intentos hechos por aquéllos para reconquistarlo; han expulsado a los alemanes de dos reductos fortificados al Nordeste del fuerte de Thiaumont; han rechazado ataques contra las trincheras al Noroeste de dicho fuerte; y han progresado notablemente en las cercanías del fuerte de Vaux.

Los alemanes, entre el Ancre y el Somme, han expulsado a los ingleses que habían conseguido penetrar en las trincheras avanzadas en una extensión de 700 metros al Sudoeste de la carretera de Thiepval a Pozieres; han rechazado ataques al Norte y al Noroeste de Pozieres, contra la línea Oivillers-Bazentin-le-Petit, en el frente Oivillers-Clery, contra las posiciones entre Guillemont y Maupépás, entre Maupépás y Hém, en el bosque de Foureaux, al Este de Belloy y en Estrées; y han arrojado a los ingleses de las posiciones al Oeste del bosque de Foureaux y al Sur de Maupépás en que habían penetrado. Confirman en sus partes oficiales que los ingleses han conseguido penetrar en la línea avanzada al Sudoeste de Martinpuich; que en la región de Belloy los franceses han penetrado en sus trincheras avanzadas en una extensión de 500 metros; y que han tenido que acortar un saliente de la línea entre Maupépás y Guillemont.



En el frente del Somme. — Enorme depósito de municiones. (De fotografía de M. Branger.)

Thiepval por el Sudeste; han recuperado la casi totalidad de las trincheras que los alemanes les habían tomado al Noroeste de Pozieres, consolidando sus posiciones en los alrededores de esta población, ocupando las vertientes septentrionales de las alturas situadas al Norte de la misma y avanzando unas 300 yardas al Noroeste, por ambos lados del camino de Pozieres a Bapaume; han rechazado ataques al Sudeste de Guillemont, adelantando la línea al Oeste y al Sudoeste, ocupando los arra-

bales occidentales de aquella población y la línea que corre al Norte hasta mitad del camino entre el bosque Delville y Guinchy, incluso los puestos al Norte de Longueval, tomando fuertes posiciones y ganando terreno hacia Guinchy y Guillemont; han tomado algunos centenares de yardas de trincheras en el bosque de Foureaux y entre éste y el camino de Albert a Bapaume; han ocupado el extremo occidental de este bosque y las trincheras que se extienden una media milla al



En Salónica. — Tropas serbias preparadas para ser conducidas a la línea de batalla. (De fotografía de Central News.)

En la región de Verdún, han rechazado ataques en el sector Thiamont Fleury y contra las posiciones de los bosques de Chapire y Berg.

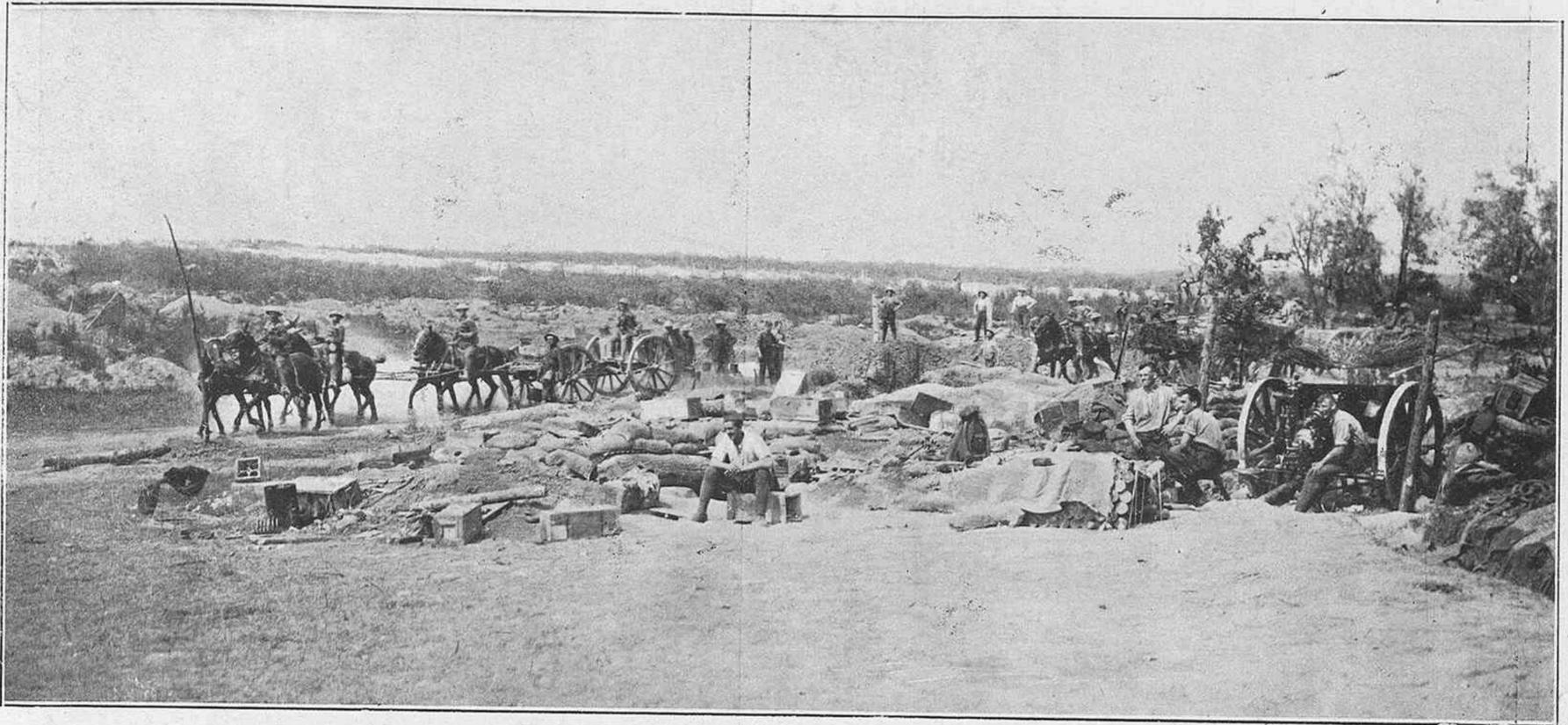
Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han rechazado ataques al Sudoeste de Stobichow, en el frente del Zlota-Lipa,

Norte del Dniéster, en el Stochod y al Noroeste de Stanislau; han avanzado al Sur de Hüdwich, en el Stochod; han tomado varias posiciones enemigas al Oeste de Zable, en la Bukovina; y han ocupado varias alturas en los Cárpatos.

Italianos y austriacos. - Los italianos, en el Carso, han roto

la región de Goricia, en donde han desalojado a los italianos de las trincheras avanzadas en que habían conseguido penetrar.

En los Balcanes. - Las tropas anglofrancesas han avanzado y tomado algunas posiciones en las inmediaciones del lago Doirán; han ocupado varios pueblos entre este lago y el



La ofensiva inglesa en Francia. - Convoy de municiones para la artillería de la línea de batalla. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

en la región de Yaremtsche y de Yalovitchary y en la región forestal de los Cárpatos; en el frente del Zlota-Lipa, han desalojado al enemigo de sus posiciones, pasando a la orilla occidental del citado río; sobre el Stochod, en la región de Tcheruschie, han roto el frente de la posición enemiga, ocupando el pueblo de Toboly y otras posiciones; han continuado su avance en el alto Sereth, atravesando el Luch, afluente del mismo; han tomado un pueblo al Noroeste del Dniéster y otro en la orilla occidental del Bystriza; han seguido avanzando en la región de Kromozzo; y han ocupado Yablontza, en los Cárpatos.

Los austroalemanes han rechazado ataques en la región de Strobowna, en el canal de Oginsky, contra los sectores de Luzk y Grabeska al Sur de Brody, en el sector Zborow-Komuchy, al Oeste de Monasteryzka, al Oeste de Zalocze, al

una fuerte línea enemiga al Este de la altura 212, han tomado numerosos atrincheramientos al Norte de Grado y a lo largo de las pendientes del monte Secinka y han rechazado varios ataques; han conquistado varias trincheras al Este de Goricia; en la meseta de Asiago, han conseguido penetrar en algunos atrincheramientos sobre las pendientes del monte Mosciach, replegándose después de haber trastornado las defensas enemigas, y han rechazado ataques contra el monte Colombara y otros puntos; en la zona Astico-Posina, han rechazado ataques contra los montes Cinone y Saluggio; y en el valle del Rienz y en el Trentino, han rechazado ataques contra el monte Piano y los reducos al Sur del paso de Tonale respectivamente.

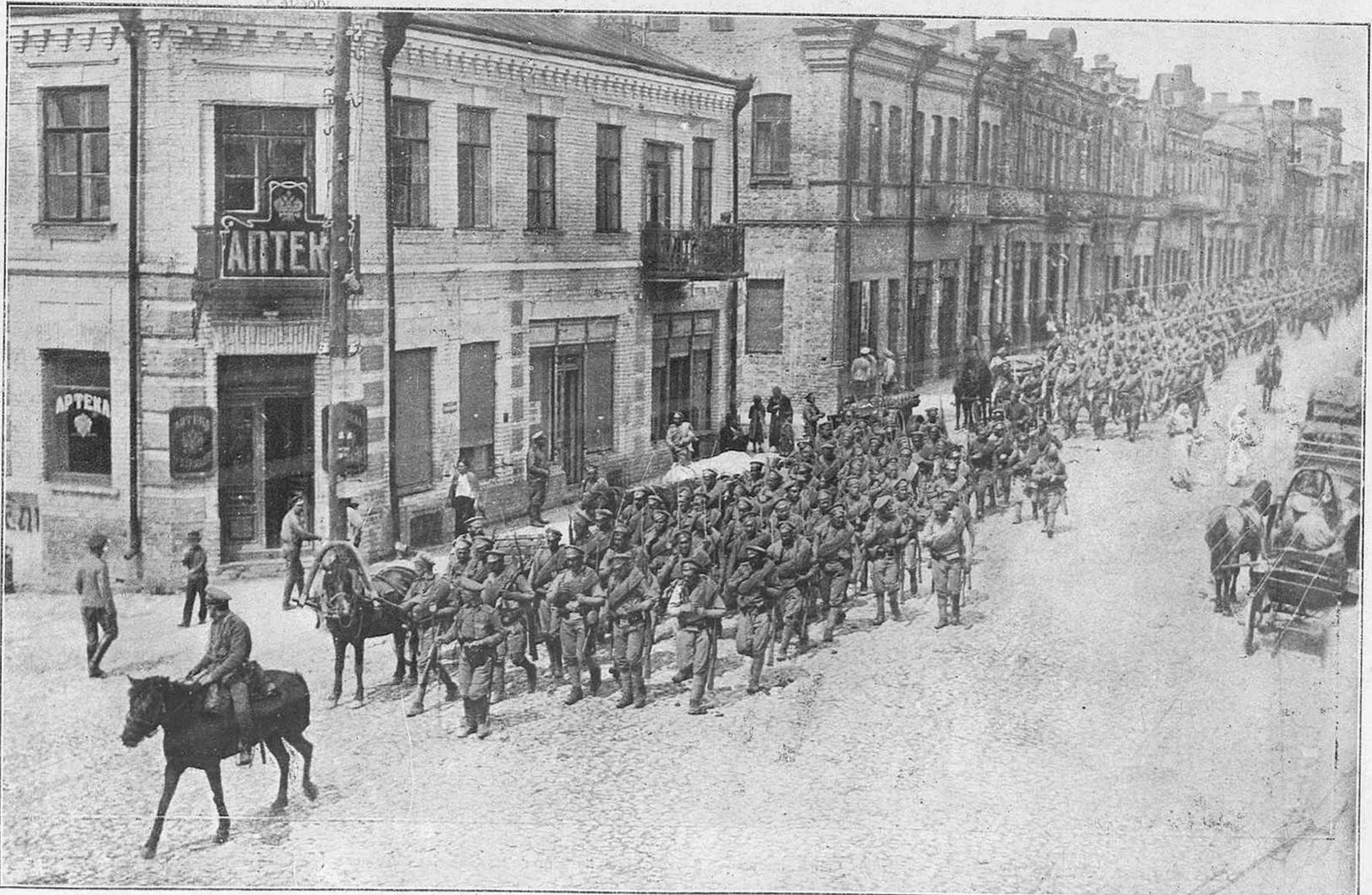
Los austriacos han rechazado ataques al Sur del Vipach; en los Dolomitas, entre Esterio y Oppachiasella, contra el monte Zebio, contra el monte Piano, al Sudoeste de Grado y en

Struma y las alturas de Tortoise, próxima al pueblo de Doldzeli, inmediato al territorio servio; y han rechazado a los búlgaros al Norte de Strupina y Pojar.

Los búlgaros han rechazado ataques al Sur del lago Doirán, han tomado la ciudad de Florina, han atravesado el Nestra, al Este de Kavala; y en la región del Struma, han ocupado los fuertes griegos de Lipe y Starciach.

Guerra naval. - Un telegrama oficial de Berlín dice que los submarinos alemanes han echado a pique, en aguas inglesas un pequeño crucero y un destructor enemigos, causando, además, averías en otro crucero pequeño y en un navío de línea.

Según el parte de Londres, la flota alemana, al ver la superioridad de la inglesa, regresó a su base; la escuadra británica, buscando a la enemiga, perdió dos cruceros ligeros, destruyendo, en cambio, un submarino alemán y averiando otro.



La ofensiva rusa. - Entrada de las tropas rusas en la ciudad reconquistada de Luzk. (De fotografía de Carlos Trampus.)



La trapera, cuadro de Oswaldo Birley



Gentil pareja, cuadro de Jorge B. Luks



La esclusa (Paisaje de Olot), cuadro de Juan Llimona que figuró en la exposición de las Galerías Layetanas. (De fotografía de F. Serra.)



Paris. Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. - FAMILIA HOLANDESA, cuadro de Frantz Charlet. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SANTANDER. — CONCURSOS DE LAWN-TENNIS E HÍPICO

Se ha celebrado recientemente en Santander un concurso de *lawn-tennis* en el que han tomado parte S. M. la Reina D.^a Victoria y algunas damas y señoritas de la más alta aris-

ta capital S. M. el Rey D. Alfonso XIII. A la entrada de la ciudad esperaban al Monarca el ministro de Instrucción Pública Sr. Burell, el capitán general de la región marqués de Valtierra, las autoridades locales, el expresidente del Consejo Sr. Dato, el conde de la Mortera, varios diputados y senado-

trabajos materiales; pero deseoso de conquistarse una posición social por sus propios merecimientos, empezó a cultivar su inteligencia, robando para ello horas al descanso y supliendo con su gran fuerza de voluntad y su inquebrantable perseverancia su escasez de recursos.



Santander. — S. M. la Reina D.^a Victoria jugando en el concurso de *lawn-tennis*

toeracia que veranean con la corte en aquella hermosa playa. También se ha efectuado un concurso hípico en el que se han corrido varias pruebas y disputado valiosos premios. La gran prueba de honor ha sido sin duda la más interesante: corrieron en ella 29 caballos y ganaron el primer premio, Copa del Rey, D. César Balmori, que montaba el caballo *Falamita*; el segundo, Copa de la Infanta Isabel, D. José A. Bohorques, que montaba el caballo *Vendeen*, del duque de Andía; el tercero, Copa del Infante D. Carlos, D. Felipe G. Acebo, que montaba el caballo *Catalillo*; y el cuarto, Copa del Infante D. Alfonso, D. Arturo Aparicio, que montaba el caballo *Golfa*. Además obtuvieron lazos los caballos *Rafles*, *Guripa*, *Eorguel* y *Vixen*, montados respectivamente por D. José A. Bohorques, D. Epifanio Somoza, D. Pedro G. Goyoaga y don Celedonio Febrel.

VITORIA. — CLAUSURA DEL CONCURSO OBRERO

Con objeto de asistir a la clausura del Concurso Obrero que se ha celebrado en Vitoria, salió de San Sebastián para aque-

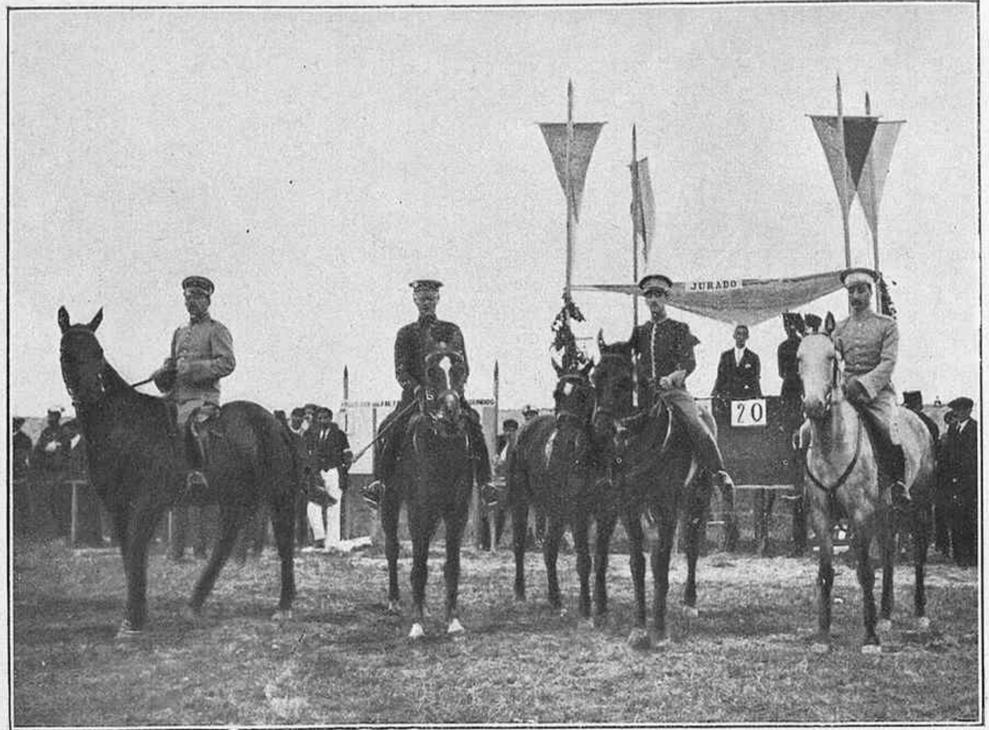
terminada la cual se celebró un banquete al que asistieron las autoridades y personalidades del elemento oficial y, por especial indicación del Rey, los obreros Arbulo y Aguirre, premiados en el concurso.

Después del banquete, S. M. y sus acompañantes visitaron la Granja agrícola modelo que sostiene la Diputación provincial y luego se dirigieron al Colegio de los Padres Corazonistas, en donde estaba instalado el concurso obrero.

Ocupada la presidencia por el Soberano, pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos el presidente honorario del Concurso Sr. Dato y el ministro de Instrucción Pública Sr. Burell. Seguidamente el Monarca procedió al reparto de premios, entregando personalmente los diplomas y felicitando a los agraciados, y después de haber visitado la exposición, para la que tuvo entusiastas elogios, regresó a San Sebastián.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO PERIS MENCHETA

Este ilustre periodista que acaba de fallecer en esta ciudad, había nacido en Valencia el 29 de enero de 1844. Hijo de una modesta familia, hubo de dedicarse en su primera juventud a



Concurso hípico. — Los ganadores de la Gran prueba de honor: de derecha a izquierda, don César Balmori (Copa del Rey); D. José A. Bohorques (Copa de la Infanta Isabel); D. Felipe G. Acebo (Copa del Infante D. Carlos); D. Arturo Aparicio (Copa del Infante D. Alfonso). (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

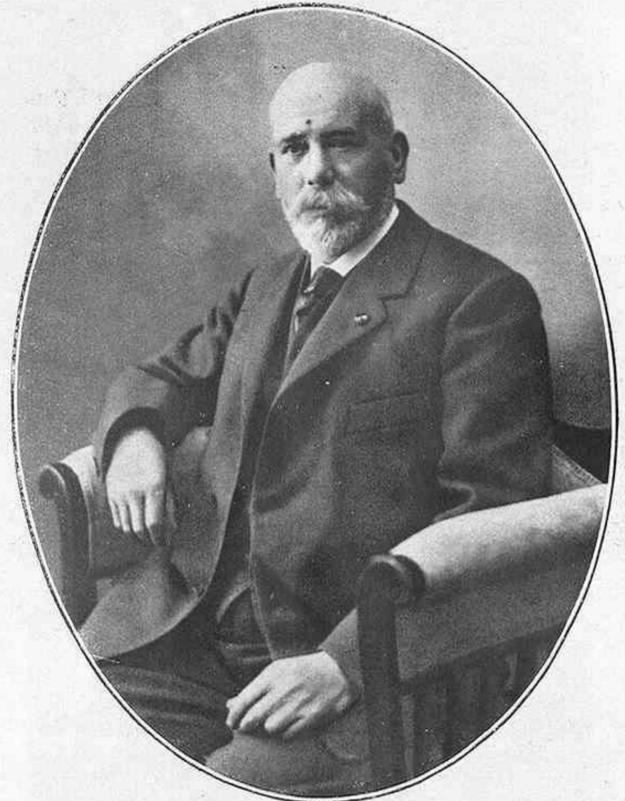
res, numerosas comisiones de corporaciones y entidades, y otras personalidades distinguidas.

Después de cambiados los correspondientes saludos, organizó la comitiva que por las principales calles de la ciudad dirigió a las Casas Consistoriales, siendo D. Alfonso calurosamente aclamado.

En las Casas Consistoriales efectuó una brillantísima recepción,

Comenzó sus tareas periodísticas en *Las Provincias* de Valencia, y tanta celebridad adquirió como corresponsal de aquel importante diario durante la guerra carlista, que no tardó en entrar con el mismo cargo en *La Correspondencia de España*, en donde, terminada aquella campaña, fué uno de los principales redactores, llegando a conquistarse justamente el título de primer reportero de la prensa española.

Fundó luego *La Correspondencia de Valencia*, *El Noticiero Sevillano*, la agencia telegráfica de su nombre en Madrid, y en Barcelona, en 1888, *El Noticiero Universal*, que desde los primeros momentos alcanzó el favor completo del público barcelonés y cuyo prestigio se ha acrecentado de día en día gracias a la inteligente marcha que siempre supo imprimirle y al carácter de imparcialidad en que supo mantenerlo.



Excmo. Sr. D. Francisco Peris Mencheta, ilustre periodista fallecido en esta ciudad el día 23 de los corrientes. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

El Sr. Peris Mencheta habíase conquistado por su solo esfuerzo una elevadísima posición social; estaba en posesión de las más preciadas condecoraciones españolas y extranjeras; era senador vitalicio y se honraba con la amistad de todas las eminencias en todos los ramos de la actividad humana; pero tales honores jamás lograron deslumbrarlo ni hacerle perder la llaneza, la bondad, la caballerosidad que fueron sus características y que le conquistaron las simpatías y el cariño de cuantos le trataron.

Descanse en paz el que fué en vida modelo de ciudadanos y reciban su familia y nuestro estimado colega *El Noticiero Universal* el más sentido pésame que les enviamos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



Vitoria. Clausura del Concurso obrero. — S. M. el Rey D. Alfonso XIII entregando los premios (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

LA BUENAVENTURA

EPISODIO HISTÓRICO DEL AÑO 1808. POR CARLOS CAMBRONERO, DIBUJOS DE A. MAS Y FONDEVILA



I

Era en 1808 la travesía de Luzón, de Madrid, una callejuela inmunda, bautizada con el impropio nombre de la Rosa, y si por desgracia para los vecinos ha mejorado poco, para la reconstitución de la escena donde se desarrolló el episodio histórico que vamos a describir, basta conocer su estado actual, sin que tengamos que forzar la imaginación a fin de formarnos idea de cómo estaba, ni consultar planos antiguos ni empolvados papeles de recóndito archivo: un callejón mal empedrado, sin aceras, de riquísimo tránsito, y formado por las accesorias de las casas de las calle de Luzón; casi como se halla al presente.

A la caída de la tarde del viernes de abril de aquel año memorable, una linda morena de ojos negros sostenía animado coloquio desde el balcón de un piso principal con un mancebo bien portado que en el centro de la callejuela estaba contemplando extático, ya que no la faz, porque la noche comenzaba a tender su negro manto sobre la población, el contorno airoso de la que había elegido como señora de sus pensamientos.

— ¿Qué te pasa, Pepe?, exclamó la joven, deseando plantear una cuestión que la preocupaba hondamente. Ha días que noto en tus palabras una tristeza y un desaliento no comunes en tí. ¿Es que dudas de mi cariño? ¿Te han dicho algo que pueda perjudicarme a tus ojos? Háblame con franqueza.

La obscuridad y la distancia suelen ser favorables algunas veces, en los amantes, a la exposición de quejas y resentimientos.

— Ni dudo ni he dudado de tu cariño, replicó el galán. Lo que me ocurre es ajeno a tu persona; pero estriba precisamente en el afecto que te profeso. Te vas a reír... Es una puerilidad. ¿Hay ahí quien nos oiga?

— Nadie, contestó ella. Han venido las de Rodríguez a pasar la tarde conmigo; pero están todos en la sala, que, como sabes, da a la calle de Luzón; yo, a pretexto de ayudar a la Dionisia a hacer la cena, me he escapado sin que lo adviertan; sin embargo,

pronto notarán mi falta, y no tardarán en venir a buscarme. Dime, ¿qué es ello?

— Pues verás: ya te conté que el domingo pasado estuve con varios comerciantes de la Plaza a merendar en la Fuente de la Teja.

— De meriendas y cenas están las sepulturas llenas.

— Bueno; el caso es que allá, a media tarde, se apareció una gitana que, quieras o no, hubo de echar a todos la buena ventura. Yo me resistía; pero por no hacer el ridículo entre mis amigos...

... sostenía animado coloquio desde el balcón de un piso principal con un mancebo bien portado

— ¡Dichosos amigos!
— Me dejé también echar la buenaventura, y..., no te rías..., desde esa tarde estoy malhumorado.
— Calla, que siento pasos. ¡Ah! Es la Dionisia que viene al comedor a buscar sal fina.

— Entonces viene a buscarte a ti.
— ¿Qué te dijo la gitana?
— Después de contemplar un rato las rayas del anverso de mi mano derecha me dijo estas palabras que se han quedado grabadas en mi memoria para no borrarse jamás: «Tu novia te quiere, pero una mala voluntad se interpondrá en su camino».

— ¡Jesús que bobada! ¿Y de quién va a ser esa mala voluntad?

— De tu tía doña Catalina, contestó el galán bajando la voz.

— No, por cierto, Pepe. Como la tía se ha criado en tan buenos pañales y tiene parentesco con los más empingorotados títulos de Francia ponía en un principio sus peros y distingos a mis relaciones con un comerciante; mas ahora que está convencida de tu formalidad, y tiene de ti excelentes informes por boca de Trasviña, el droguero de la calle de Postas, me ha dicho que se halla conforme con nuestro casamiento. Mira cómo tú y la gitana estabais equivocados. ¡Dios mío! Las de Rodríguez vienen por el pasillo escandalizando... Van a sospechar que estaba hablando contigo... ¡Qué vergüenza!.. ¡Adiós! Vete...

Y la joven, llena de sobresalto, se retiró del balcón.

Quedóse Pepe Ramón Rivas (que así se llamaba el galán), satisfecho y contento con la declaración que le hiciera Catalina (que así se llamaba la morena del balcón); pues conquistado el beneplácito de la tía, seguro del afecto de la muchacha, y contando él con recursos más que suficientes para sostener casa y familia, no había temor de que por el camino natural se frustrase su boda.

Permaneció largo rato frente al balcón de la casa, iluminado ya por la luz que al interior de la habitación habían traído, y vio asomarse a las de Rodríguez bromeando, dando risotadas y disonantes gritos de alegría juvenil.

Huérfa Catalina Pajares desde la más tierna edad, recogióla, cuidándola como a hija propia, su tío carnal D. Antonio Carnicero y su esposa doña Catalina Varneville, acción que aquélla pagó con acendrado cariño, ya que carecía de otros medios para demostrar su agradecimiento por tan caritativo como desinteresado beneficio.

Tenían los señores de Carnicero un hijo de más edad que la sobrino, llamado Fernando, y otro pequeño que llevaba el nombre de su padre, habitando la familia en la casa, que aunque reformada, aun existe, con el número 11 moderno de la calle de Luzón, número 2 antiguo de la manzana 427, con vuelta a la calle de Cruzada, y accesorias, según hemos indicado, a la calle de la Rosa, de donde recibían luces el comedor y la cocina.

Era la doña Catalina parroquiana asidua de la tienda de sedas de Pepe Ramón Rivas, establecida en la Plaza Mayor; y de las visitas frecuentes que la señora de Carnicero le hacía nació primero el amor del comerciante, y más tarde la correspondencia de la joven.

La noche en que comienza este episodio, después de esperar el galán largo rato por si podía reanudar su interrumpida conversación con Catalina, abandonó la callejuela de la Rosa, dirigiéndose a su casa, preocupado por diversos y contrarios pensamientos que en confuso torbellino acudían a su mente. Había que descartar la oposición que a la boda hubiera podido presentar la tía de Catalina, puesto que la novia garantizaba la conformidad de esta señora; pero dando vueltas en su imaginación a la buenaventura de la gitana, vino Rivas a caer en la sospecha de si Fernando, el hijo mayor de los señores de Carnicero, abrigaría intenciones de conquistar el afecto de su prima. Y no bastaba que la chica no le correspondiera, porque si el mozo se obstinaba en conquistar y rendir la plaza, pondría de su parte cuantos medios, buenos o malos, le sugiriera la pasión, a fin de realizar su intento, que el buen enamorado, antes de darse por vencido, ha de quemar el último cartucho. Esta podría ser la mala voluntad a que aludiera la gitana; y conceptuando Pepe Ramón, verosímil y probable su conjetura, quedó convencido de ello como si lo hubiese visto impreso en el *Diario de avisos*.

No son para contados el desasosiego y la comezón que atormentaron el ánimo de Pepe Ramón durante toda la noche, al punto de que hubo de costarle harto trabajo conciliar el sueño. Dícese que para resolver un asunto es necesario consultarlo con la almohada; pero esto ha de entenderse en el sen-

tido de que muchas veces sólo la reflexión y la calma pueden ilustrar nuestra inteligencia para juzgar con acierto, nunca la obscuridad de la noche y el calor del lecho donde solemos concebir los más absurdos propósitos que la luz del sol, iluminando la realidad de la vida, nos obliga a desechar.

Cuanto más pensaba en ello, más se aferraba en sus conjeturas Pepe Ramón, terminando por quedarse plenamente convencido de que Fernando Carnicero era su rival y en él estaba encarnada la mala voluntad que le descubriera la gitana. Recordaba acciones y dichos que de su primo hablaba contado Catalina, y lo que antes le pareció inocente y natural, ahora lo tomaba como comprobante de su malhadada sospecha. Su contrariedad, por lo tanto, era aún mayor, pues ya no consistía en la oposición a la boda por parte de una tía caprichosa, sino en el despecho de un amante desdenado que hasta podría promover un desafío; y él, pobre y pacífico comerciante, no manejaba otra arma que la vara de medir con la que, eso sí, se atrevía a tomar la medida de las costillas de cualquier parroquiano estafador e insolente.

Amaneció el 30 de abril, y Pepe Ramón se levantó temprano para oír misa y abrir la tienda a la hora de costumbre.

Pepe Ramón pretendía en vano desechar de su imaginación los pensamientos que le atormentaban, y si bien aparecía ante sus parroquianas con cara de Pascua, dicharachero, bromista y complaciente para evitar que se marcharan a la tienda de al lado, en su interior sufría la picazón de los celos, y sentíase dominado por un malestar inexplicable, por una intensa melancolía. Medía mal, se equivocaba en las cuentas, confundía sedas y colores, dejaba traslucir de tal manera su estado de ánimo, que alguna petimetra descaradilla se atrevió a preguntarle si estaba enamorado y no sabía la casa.

Iba a subirse al entresuelo, porque se acercaba la hora de comer, cuando vio aparecer en la puerta del establecimiento a Fernando Carnicero, muy de tiros largos y alardeando de buena figura, pues el primo de Catalina era lo que se llama un guapo mozo y vestía con la corrección del más almirado currutaco. Como los dos jóvenes se trataban, aunque no con intimidad, por las muchas veces que la doña Catalina había entrado en la tienda acompañada de su hijo, la visita de Fernando no revestía caracteres de acontecimiento desusado; pero a Rivas los dedos se le hacían huéspedes, o si se quiere rivales, y le pareció que el otro venía en son de guerra y con propósito de romper una lanza en defensa de su amor; pero pronto tuvo ocasión Pepe Ramón de desvanecer su equivocado concepto, pues el primo, amable como nunca, jovial y cariñoso, después de cuatro frases sobre la permanencia de las tropas francesas en Madrid, que constituía el tema de todas las conversaciones de los vecinos de la villa, le expuso francamente el complot que con Catalina había fraguado para que el próximo lunes después de comer y a la hora de los postres fuera presentado Pepe Ramón en casa de los señores de Carnicero, contando, desde luego, con que doña Catalina habría de prestar su aprobación a este paso. Fernando era un muchacho muy tratable, expansivo, hablador, y aquella mañana, si fué a casa del comerciante con la idea preconcebida de hacerse simpático, lo consiguió con creces, logrando inconscientemente devolver la calma al atribulado corazón de Rivas.

Este no podía contener la alegría que le reboaba por todo el cuerpo, y se hacía ostensible en sus palabras, en sus ademanes, en la expresión de su semblante, en la animación de sus ojos: fraternizó de tal manera con el supuesto rival que quedaron citados para tomar café juntos en la «Fontana de Oro», después de cenar, satisfechos uno y otro de su próximo parentesco; porque el *dandy* no desdenaba la compañía de un comerciante si guardaba en su gaveta buena provisión de peluconas, y para éste, la intimidad con un joven de buena familia, le daba cierto prestigio entre los del gremio de sedería.

— Quedamos, dijo al despedirse el primo de Catalina, en que pasado mañana lunes, 2 de mayo, le espero en casa a la hora de los postres.

— Si Dios quiere, añadió Pepe Ramón.

— Y el gran duque de Berg no se opone, repuso Fernando Carnicero sonriendo al salir de la tienda.

El comerciante durmió aquella noche como un bendito sin que le inquietaran los tristes presentimientos que la buenaventura de la gitana logró infundirle, y deseando que amaneciese el para sus ilusiones venturoso día 2 de mayo.

El hado adverso había dispuesto las cosas de otro modo.

II

El gran duque de Berg se opuso, y los sangrientos sucesos del 2 de mayo impidieron que Pepe Ramón acudiera a casa de los señores de Carnicero según había convenido con Fernando; pero tranquila ya la población, al día siguiente, 3 de mayo, se verificó la suspirada presentación de Rivas en casa de Catalina, siendo aquél perfectamente recibido y hasta agasajado por los tíos de la muchacha.

Llegó el novio a los postres y le obsequiaron con frutas de sartén, dulce de cabello, bizcochos, una taza de café hecho por la propia Catalina que se esmeró como en fiesta de Corpus, y su copita de rosolí, repetida dos y tres veces, porque aquél había de ser un día memorable. Y no lo sabían ellos bien.

El D. Antonio Carnicero era un hombre bonachón y optimista que simpatizaba con todo el mundo, y que no veía en las personas a quienes trataba, más que las cualidades y circunstancias favorables, disculpando siempre, de buen grado, cuanto pudiera rebajar el mérito de sus amigos y conocidos; así es que el pretendiente de su sobrina le pareció de perlas, acogiéndole con visibles muestras de franca satisfacción, celebrando sus ocurrencias, y dándole palmaditas en el hombro.

Estaba voluntariamente supeditado al criterio de su mujer, y puesto que ella aceptaba a Rivas, no había que ponerle reparos ni distingos, tanto más cuanto que el buen señor no acostumbraba a echar mano de ellos ni aun en defensa propia.

La doña Catalina Varneville ya era harina de otro costal; mujer de ilustración, como educada en París donde había pasado su juventud, de carácter enérgico, de voluntad indomable, de buena imaginación que a veces se confunde con el talento, era en su casa una autoridad indiscutible y un tribunal inapelable.

Preciábase de estar emparentada con la flor y nata de la aristocracia francesa, y aun quizá lo estuviese en quincuagésimo grado con el propio duque de Anjou; pero su amabilidad y buen trato disculpaban esta monomanía de la que no pocos se ven poseídos. Después de todo, no había para qué poner en tela de juicio el abolengo de aquella señora porque no obligaba a desembolso de ninguna especie, ni tropezó con persona que pudiera ajustarle las cuentas de su genealogía.

Fernando y Antonio, los hijos de este matrimonio, miraban también con buenos ojos la boda de Catalina sin otra razón, por su falta de conocimiento del mundo, que la patente aquiescencia de sus padres, pues no les iba ni mayorazgo ni prebenda en el asunto.

El Antonio era un niño todavía, y el Fernando, si bien se hallaba en estado de merecer, no sentía por su prima otro afecto que el de la familia, por lo cual podemos asegurar que los celos que alguna vez pudieron atormentar la imaginación de Rivas estaban desposeídos de todo fundamento.

Estas circunstancias contribuyeron a que la presentación de Rivas en casa de los tíos de Catalina revistiera todos los caracteres de un fausto acontecimiento.

Después de comentar largamente el desarrollo de la política española, asunto que doña Catalina trataba con el desenfado de un Jovellanos, apoyada siempre por su esposo con frases sueltas y movimientos de cabeza afirmativos; después de relatar las tristes impresiones que a todos les habían hecho experimentar las horribles escenas desarrolladas en la capital durante el día anterior, doña Catalina, que deseaba abordar el asunto que motivara la presentación de Rivas en su casa, y poseía el arte de la conversación, condujo discretamente ésta a un punto en que el novio se creyó obligado a descender el velo, confesando su acendrado cariño por Catalina y sus propósitos de unirse a ella en lazo indisoluble en un término breve que no habría de pasar de aquel verano.

Rivas declaró cuál era su capital, el tanto que le producía, los recursos y medios con que contaba en su comercio y los proyectos que abrigaba para el porvenir.

Todo mereció la aprobación y el contento de doña Catalina quien, aunque hubiera querido casar a su sobrina con un descendiente del duque de Guisa o de Angulema se resignaba a darle por esposo un comerciante con dinero.

Catalinita era muchacha de más modestas aspiraciones, y conceptuábase feliz uniéndose a Pepe Ramón en matrimonio, pues constituía para ella el más feliz de sus ensueños verse detrás del mostrador ayudando a su marido para despachar al público, y con una onza de oro en la faltriquera.

Repitieron las rondas de rosolí produciendo las

consiguientes expansiones, confianzas y alegrías por parte de todos, al punto de que considerándole ya como de la familia, doña Catalina dirigía la palabra al novio de su sobrina sin darle tratamiento, favor que estimó en mucho el comerciante, pues sabía

rreno de antemano por Catalina, no necesitaron unos y otros más que verse y hablarse para congeniar.

Pepe Ramón relataba su vida y sus costumbres, las minucias de los quehaceres de la tienda, las ven-

Catalinita, no sabemos si por prurito de charlar o por explorar la opinión de sus tíos, hubo de contar la buenaventura que a Pepe Ramón le dijera la gitana, y la comezón que en éste produjo el fatal augurio, callando, como es natural, las referencias que



... y el pobre Pepe Ramón permanecía en pie con los brazos cruzados sobre el pecho...

por boca de su adorado tormento que aquella señora, rama de nobilísimo tronco, era inflexible con las leyes de la etiqueta cortesana.

Pepe Ramón se encontró entre una honrada familia que le demostraba, desde el primer momento, la simpatía que había logrado inspirar, y los señores de Carnicero vieron en el prometido de su sobrina, un joven de buena presencia, de juicio sensato y de nobles sentimientos, así es que, preparado ya el te-

tajas y contrariedades de su comercio, la forma y manera de conquistar al comprador y sostener la parroquia, y otros muchos pormenores que los tíos, sus hijos y la misma Catalina escuchaban embobados.

En torno de la camilla del comedor hallábanse todos, felices y contentos, bien ajenos de que la adversa fortuna les preparaba un golpe fatal que iba a desvanecer sus risueños planes y las futuras bienanzas que conceptuaban seguras.

se relacionaban con la doña Catalina y su hijo; y dicho se está que no sólo se mofaron de la predicción, sino que exhortaron cariñosamente a Rivas para que desechara de su mente y desterrara de su corazón temor tan infundado. Doña Catalina halló aquí ocasión propicia para hacer alarde de su ilustración y de su oratoria, y endilgó al cariacontecido amante un discurso filosófico religioso que madama Stael no hubiese desdeñado firmar.

— Además, añadía con acento de convicción; la frase de «tu novia te quiere, pero una mala voluntad se interpondrá en tu camino», es una muletilla que repiten las gitanas a cada paso, y que hemos oído todos sin número de veces. Ni Catalinita ha tenido amores con nadie hasta que te ha conocido a ti, ni existe rival que te la dispute, ni mi marido ni yo nos oponemos a la boda, estando por el contrario muy contentos y gustosos de ella. ¿A qué, pues, obedecen esos temores y esos presentimientos? Una persona sensata y de buen juicio como tú no debe hacer caso del dicho de una gitana.

— Tiene usted razón que le sobra, doña Catalina, replicó Rivas; pero no puede uno abstraerse al desasosiego que le produce, bien a pesar suyo, un augurio semejante. Crea usted, señora, que hasta que el cura nos haya echado las bendiciones no estaré tranquilo: ni ella tampoco, si nos quiere hablar con franqueza. Yo no sé en Francia lo que se estilará; pero aquí somos todos, cuál más, cuál menos, una mijita supersticiosos. ¿Es verdad o no es verdad, Catalina?

— ¡No sé qué me diga!, contestó la aludida. La tía habla como un libro, y sin embargo...

— ¿Qué es eso?, exclamó el menor de los hijos de D. Antonio, llamando la atención de los circunstantes. Pasa tropa.

— Será una patrulla francesa, dijo Rivas, de las muchas que andan hoy recorriendo Madrid.

Los interlocutores de esta escena guardaron silencio durante algunos segundos, y se dejó oír, en efecto, el monótono ruido que sobre el empedrado de la calle producía el pisar uniforme de los soldados.

— ¡Señorita!, gritó la criada entrando de improviso en la habitación. Por ahí pasan soldados franceses. ¡Vaya un uniforme que tienen tan bonito!.. Yo los he visto desde la ventana de la cocina.

Al oír esto se abalanzaron al balcón, abandonando sus asientos, Catalina y sus primos, seguidos de la sirvienta a quien tan buen efecto causaban los uniformes de los soldados de Napoleón.

Era el comedor de la familia Carnicero un cuarto

espacioso que tenía vistas al callejón de la Rosa, como ya se ha indicado, empleando impropriamente la palabra vistas, pues por un lado se las cortaba la próxima y estrecha calle de Luzón, y por el otro una rinconada que daba paso a la plazoleta del Biombo.

Colocáronse los susodichos en el balcón por el orden siguiente según fueron llegando: Fernando en la parte más próxima a la calle de Luzón; a su lado Catalina; entre ambos Dionisia, la criada, tomando el brazo de la señorita con su mano derecha, y el niño Antonio agachado detrás de ellos, pugnando por sacar la cabeza entre los faldones de la levita de su hermano.

Sonó un tiro que produjo a más del susto natural, como todo ruido fuerte, inesperado, el espanto consiguiente, dada la excitación de los ánimos con motivo de los tristes sucesos de que la población era teatro.

Aturdido Fernando y con el semblante lívido abandonó el balcón, el niño se abrazó a su madre, Dionisia prorrumpió en alaridos de dolor mostrando a sus amos la mano derecha ensangrentada, y Catalina, pretendiendo en vano moverse del sitio que en el balcón ocupaba, en blanco los ojos y extendiendo en derredor sus manos crispadas, cayó a plomo sobre el pavimento sin exhalar un grito.

La consternación fué general.

Doña Catalina y D. Antonio acudieron presurosos al socorro de su sobrina que yacía exánime tendida en el suelo, la criada gritaba desaforadamente llorando al propio tiempo con amargo desconsuelo, y Fernando tuvo que acudir a abrir la puerta de la escalera al tropel de vecinos que acudían sobresaltados presintiendo alguna desgracia producida por el fusilazo de la patrulla francesa.

Todo era confusión en aquella casa: entraba y salía gente en el comedor, invadía las demás habitaciones, comentando los hombres el suceso, llorando a gritos las mujeres y armando en conjunto un alboroto indescriptible.

Un médico que habitaba en aquellos contornos subió, animado de cariñoso anhelo, y habiendo re-

conocido detenidamente a Catalina, manifestó que le había entrado la bala en el corazón dejándola muerta en el acto.

La herida de Dionisia no era grave, pero sí de cuidado, pues podía perder el juego de los dedos porque, al parecer, estaban interesados los tendones. Se la hizo la primera cura auxiliando al médico las señoritas de la vecindad.

Transportaron entre los más decididos el cuerpo de Catalina a su cuarto, colocándolo en la cama, a tiempo que, avisado por alguna persona solícita y piadosa, se presentó el párroco de la inmediata iglesia de Santiago con la Santa Unción.

Las mujeres se arrodillaron en torno del lecho de Catalina, los hombres permanecían agolpados a la puerta de la alcoba, la señora de Carnicero iba y venía de un lado para otro dando disposiciones, y el pobre Pepe Ramón, agobiado bajo el peso de aquella imprevista desgracia permanecía en pie con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando abstraído el cadáver de su prometida, sin darse cuenta exacta de lo que pasaba ante sus ojos.

Algunas señoras habían traído velas de cera que iluminaban la alcoba con triste resplandor; reinaba un silencio profundo no interrumpido más que por la voz del sacerdote, que pronunciaba en latín las oraciones de ritual, y por los sollozos de doña Catalina quien transida de dolor daba rienda suelta al llanto en un gabinete contiguo.

— Señora, exclamó Rivas acercándose a ella y estrechándola convulsivamente entre sus brazos; la buenaventura de la gitana ha salido cierta: una mala voluntad se ha interpuesto en mi camino.

Lo substancial del episodio que dejamos referido es positivamente cierto, y puede comprobarse con documentos auténticos que se custodian en el Archivo Municipal de Madrid, presentados años más tarde por la sirvienta Dionisia Arroyo en solicitud de pensión como una de las víctimas de aquellas horribles jornadas en virtud de haberse quedado inútil de la mano derecha.

BARCELONA. — CONCURSO DE NATACIÓN ORGANIZADO POR EL FÉMINA CLUB NATACIÓN

CAMPEONATO INTERNACIONAL FEMENINO

(Fotografías de nuestro reportero Alejandro Merletti.)



Señorita D.^a Isabel Pons, ganadora del campeonato de velocidad y de la Copa regalada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

En la playa de los baños de San Sebastián, que se ve tan concurrida durante la presente estación veraniega, efectuóse el día 20 del actual el concurso organizado por el Fémima Club Natación, en el que debía disputarse, entre otras pruebas, el cuarto campeonato internacional femenino. Los resultados de las distintas carreras fueron los siguientes:

Copa Juniors para niños menores de diecisiete años (60 metros): Ramón Bulbena (1 minuto y 4 ¹/₅ segundos); Luis Gubern (1 minuto y 25 ¹/₅ segundos); Manuel Bocio (1 minuto y 27 ¹/₅ segundos); y Pedro Cordomí. El primero ganó la copa y los otros tres medallas de plata; además, concediéronse medallas de bronce a los segundos de cada eliminatoria Luis Ferrer, B. Apollinari, Ricardo Solá y Fernando Pérez.

Campeonato de velocidad para señoritas. Copa del Ayuntamiento (60 metros): Isabel Pons (1 minuto y 35 ³/₅ segundos); Ruth Leonard (1 minuto y 41 ²/₅ segundos); y Dolores Gall (1 minuto y 45 segundos). La señorita Pons ganó la Copa del Ayuntamiento; la señorita Leonard, medalla de plata; y la señorita Gall, medalla de bronce.

Carrera para niños menores de doce años (60 metros): José Fontrodona (1 minuto y 29 ²/₅ segundos); Rafael Gubern (2 minutos y 4 ²/₅ segundos); Julio Satorra (2 minutos y 20 ³/₅ segundos); y Enrique Ulmer (2 minutos y 35 ²/₅ segundos). El primero ganó la medalla de plata y los otros tres medallas de bronce.

Carrera para niñas menores de catorce años (60 metros): Ruth Leonard (1 minuto y 48 ²/₅ segundos); y Dolores Gall (1 minuto y 51 ²/₅ segundos). La primera ganó medalla de plata y la segunda medalla de bronce.

Campeonato de resistencia para señoras. Carrera libre. Copa San Sebastián (400 metros): Mercedes Ribalta (12 minutos y 54 ²/₅ segundos); Isabel Pons (12 minutos y 59 segundos); y señorita Lohmeyer (13 minutos y 4 ²/₅ segundos). Con esta carrera, la señorita Mercedes Ribalta queda en posesión definitiva de la Copa San Sebastián por haberla ganado dos años consecutivos.

Todos los que ganaron premios, pero muy especialmente las señoritas Pons, Leonard y Ribalta, fueron muy aplaudidos y calurosamente felicitados por la numerosa y distinguida concurrencia que presenció las carreras.

Muchos plácemes obtuvo también el Fémima Club Natación por la excelente organización del concurso.



Aspecto que ofrecía la playa de los baños de San Sebastián durante las pruebas del concurso de natación

BRIHUEGA. - LA REAL FÁBRICA DE PAÑOS DE CARLOS III

Sería muy difícil buscar el origen de la industria lanera en tierras alcarreñas, pues nada ha conservado la tradición para poder fundamentarlo. La Naturaleza coloca al hombre inconscientemente en el camino del progreso, proporcionándole sabiamente elementos con que atender a sus necesidades, y cuando éstos por excepción resultan abundantes y de primera calidad, surge casi espontáneamente y sin esfuerzo lo que puede llamarse forma embrionaria de lo que después mejorado constituye una industria.

Es indudable que el germen fabril de la zona alcarreña, en tiempos lejanos, obedeció a la gran abundancia de manantiales de excelentes aguas y al importantísimo número de sus ganados, que proporcionaban a sus habitantes elementos bastantes para confeccionarse, por medio de toscos procedimientos, una buena parte de su indumentaria.

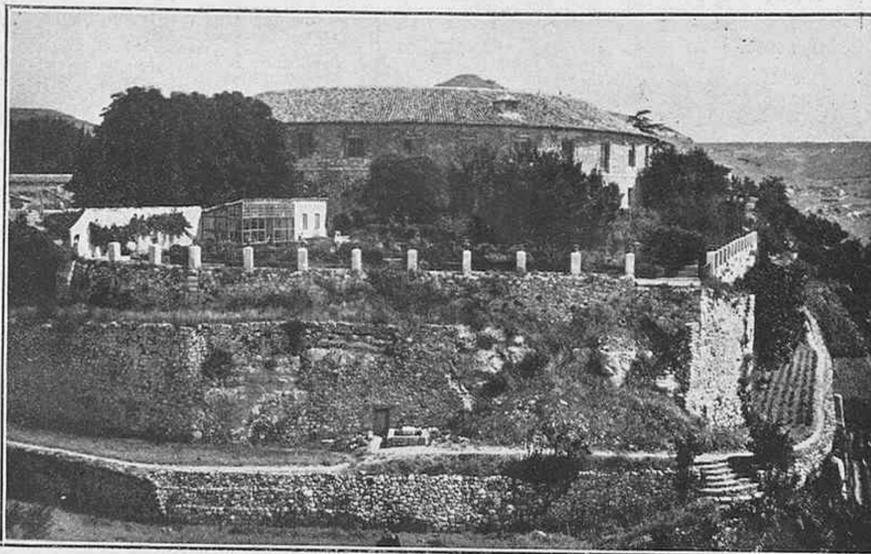
Surge tras este período inicial de todas las industrias la idea de su engrandecimiento relativo, sobrevienen mayores necesidades, y los hombres luchan con sus propias fuerzas, que no siempre son suficientes para desenvolver sus iniciativas. Brihuega luchó aislada muchos siglos, y sola hubiera con-

las de Vicálvaro y San Fernando de Jarama; se mejoraron los batanes de la ribera del río Tajuña; se cultivaron los elementos de tintorería; seleccionáronse las lanas y por tales medios llegaron a producirse paños que por su selecta elaboración y buen tinte pudieron competir con los más famosos y fueron fuente de grandes ingresos para el erario y de prosperidad para esta comarca.

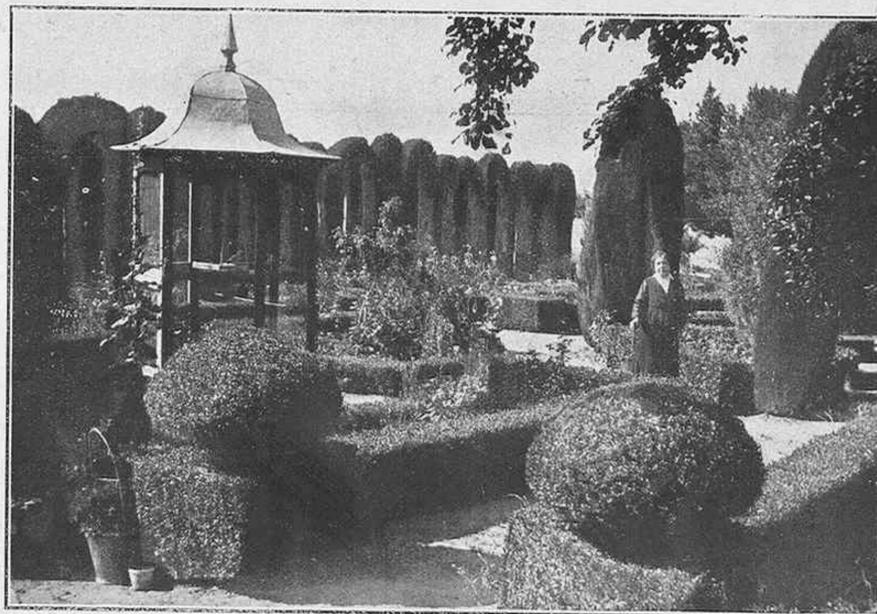
Gran época fué aquella para Brihuega, de grandezas y afanes siempre coronados por el éxito, de alegría que parecía no había de terminar. Seguía este pueblo próspero y feliz viviendo de su trabajo, cuando apareció la guerra de la Independencia, que llevando la desolación a todas partes, dió un golpe de muerte a esta floreciente industria, que pareció quedar destruída para siempre; pero no fué así, pues algunos años después fué comprada la «Real Fábrica» por un ilustre hijo de Brihuega, D. Justo Hernández, hombre emprendedor y de gran competencia comercial, que supo darle nuevo impulso, haciéndole alcanzar una época de prosperidad jamás imaginada.

Uno de los más grandes signos del progreso de mediados del pasado siglo, puede decirse, fué la causa de la decadencia y después la muerte de esta industria.

El establecimiento de los ferrocarriles, que con su velocidad repartían por



Vista general de la Real fábrica de paños de Carlos III, hoy mansión de los Sres. de Cabañas



Dos pintorescos rincones del jardín de la Real fábrica de paños de Carlos III

tinuado si un hecho histórico, de inmensa trascendencia en la historia de España, su memorable asalto, afianzando la corona de la dinastía borbónica, no le hubiera valido la merecida protección de Felipe V, que juzgó esta villa como sitio adecuado para engrandecer la industria lanera.

Es fama que la serranía alcarreña producía lanas de tan inmejorable calidad durante este reinado y en los de Fernando VI y Carlos III, que su comercio llegó a tener renombre mundial, por su ganadería que facilitaba la primera materia a la industria pañera, no sólo de España, sino también de la de lejanos mercados. Era por tanto grande la actividad fabril de la provincia de Guadalajara, y muy singularmente la de Brihuega y su término, que contaba con varias fábricas de paños que por todas partes extendían la fama de su bondad, cuando Carlos III, siempre atento a prestar su protección a cuanto significara progreso, mandó construir de nueva planta la que desde entonces se llamó «Real Fábrica de Paños», proveedora de los ejércitos de la nación y sucursal de la antigua de Guadalajara, terminándose sus obras el año 1787, siendo ministro de la Real Hacienda D. Pedro de Llerena.

Fué aquella época de gran prosperidad para Brihuega, que llegó a contar con quince fábricas destinadas a esta industria pañera y que producía además excelentes granas, bayetas y frisas muy apreciadas, constituyendo una de las especialidades más buscadas los pañuelos de paño fino bordados con lanas de vivos colores y caprichosos remates de trenzados flecos. Prueba la excelencia de estas producciones el hecho de que entre los regalos que Carlos III mandó al Sultán de Turquía por medio de una embajada en 1782, figuró una rica pieza de grana de 20 varas fabricada en Brihuega.

Aumentando la importancia de esta industria, se sumaron a dichas fábricas

todas partes productos similares fabricados en regiones y países muy distantes, interpuso la competencia que Brihuega, siempre falta de medios de comunicación, no pudo resistir.



Artística calle de cipreses recortados del jardín de la Real fábrica de paños de Carlos III

de trabajo, de amores, de pájaros y flores, dignos de la lira de Bécquer y del pincel de Rusiñol.

Fotografías del mismo.

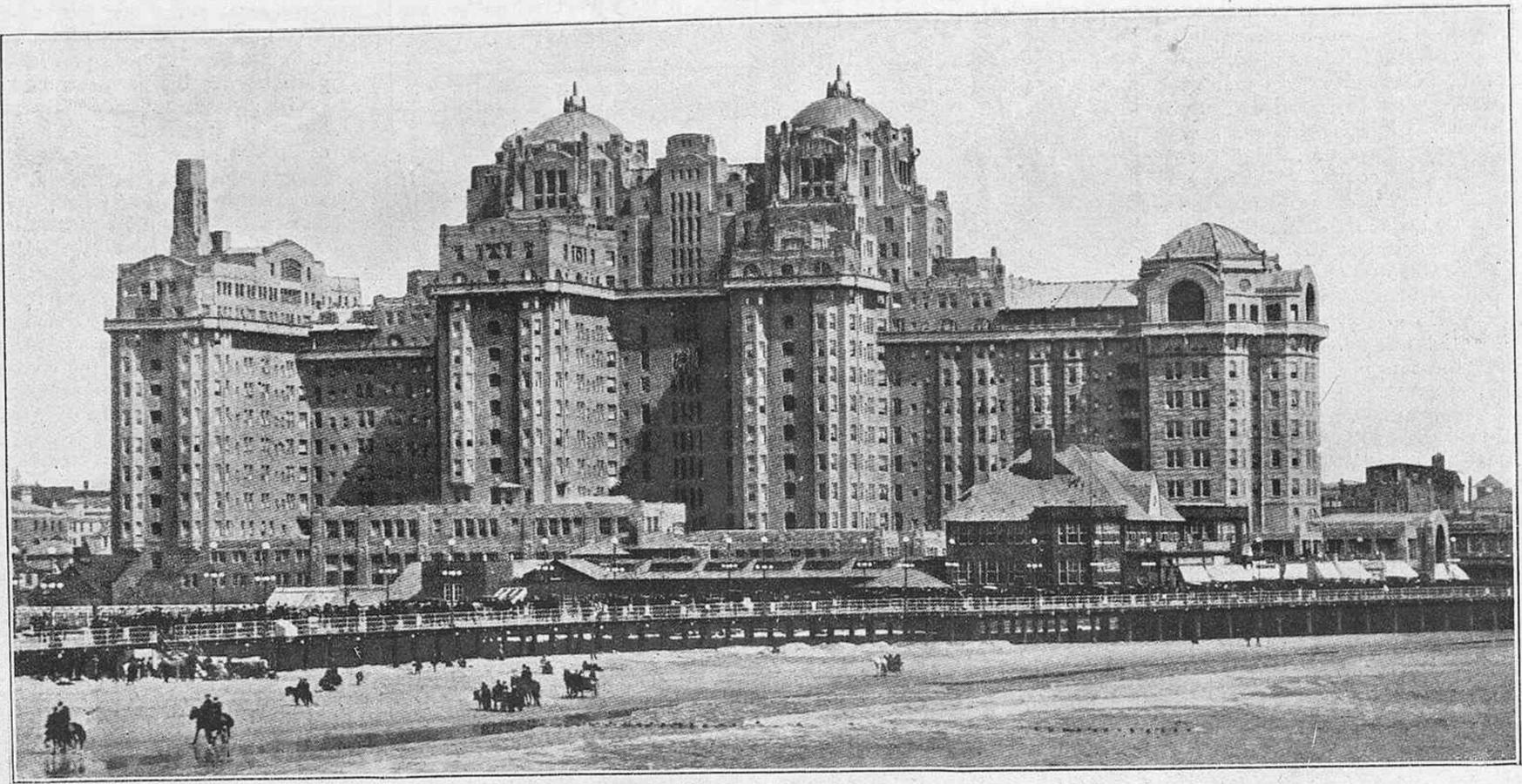
Lo primero que advierte el viajero que llega a Brihuega son dos grandes y contiguas construcciones que forman como una enorme sartén. Son la nave principal y la gran rotonda que cobijaron tantos operarios y produjeron tantas alegrías, testigos mudos de una época de florecimiento que está muy lejos de volver. Allí aparecen arrogantes los graníticos muros de una época de grandeza, de gloria, de fe; cada una de sus piedras evoca un mundo de recuerdos, canta un himno al trabajo y a la lealtad de aquellas generaciones llenas de virtud y abnegación; allí palpita el pasado de un pueblo victorioso; allí vive aún el alma de una legión de héroes que peleó hasta vencer por su patria y por su rey.

Entre los sólidos muros de aquella fábrica que llevó su fama por todas partes, casa de extraordinarias proporciones, reinan hoy la comodidad y el reposo más apetecidos. Grandes salones, espléndidas y bien confortadas habitaciones, innumerables departamentos destinados a cuanto pueda ser necesario en una gran casa de ricos hacendados, convirtieron la fábrica en espléndida mansión de los herederos de D. Justo Hernández, hoy señores de Cabañas.

Su artístico jardín data de la época de su primer propietario y constituye una nota encantadora de aquel hoy ignorado lugar, rincón cantadora de aquel hoy ignorado lugar, rincón

MANUEL ASENJO.

CONSTRUCCIONES GIGANTESCAS EN LOS ESTADOS UNIDOS



Uno de los nuevos hoteles de Atlantic City, Nueva Jersey

Varios propietarios de hoteles de diferentes lugares de baños de todo el mundo acaban de reunirse en Atlantic City, una de las playas más populares de los Estados Unidos, con el objeto de estudiar la manera cómo se la ha convertido en estación de invierno, ya que anteriormente sólo se veía concurrida en los meses de verano. Este resultado fué obtenido por medio del esfuerzo común de los propietarios de los principales hoteles y por la atracción que ofrecen las reuniones que en ellos se han verificado de varias asociaciones nacionales de importancia.

Fué de este modo cómo el pueblo de los Estados Unidos se dió cuenta por la primera vez de que las playas de mar tienen también sus atractivos en invierno. La concurrencia de gran número de personas a la playa nombrada durante todo el año indujo a los capitalistas a construir grandes hoteles que son verdaderos palacios. El grabado reproduce uno de los más grandes hoteles de Atlantic City, el cual tiene cabida para 1.200 huéspedes, estando cada uno de los cuartos del mismo provisto de baño.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL EN ESPAÑA. AÑOS 1914 Y 1915. — Contiene este libro los Estatutos de la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Árbol en Barcelona, el Reglamento del Consejo, listas de los presidentes de honor, de los señores que componen el Consejo de Administración, de los socios de honor y protectores, una enumeración de las fiestas del árbol celebradas en los años 1914 y 1915 con detalladas descripciones de algunas de ellas, e interesantes artículos sobre temas agrícolas y literarios de Ricardo Codorniu, Antonio Torrents y Monner, Zalueta, Manuel de Peñarubia, A. García Macaira, M. Llopis y Bofill, A. Prunet, monseñor F. de Rojas y García, Federico Rahola, A. Presa Viso, etcétera. Un tomo de 186 páginas con numerosos grabados, impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana, de Borrás, Mestres y C.^a

LOS PRODUCTOS COMERCIALES. I. PRIMERAS MATERIAS, por el Dr. P. E. Alessandri, profesor de Bromatología de la Universidad de Pavia; versión del Dr. Estrany. — El conocimiento de los productos objeto del comercio constituye hoy día una verdadera ciencia; por esto el estudio de la Mercología, o tratado científico de las substancias mercables, ha ido introduciéndose en las carreras de Comercio y de Aduanas, en los peritajes de diversos órdenes, etc. El tratado del doctor Alessandri comprende dos volúmenes; el primero, que es el que nos ocupa, está dedicado a las primeras materias propiamente dichas, y en él se estudian los combustibles, los metales y sus aleaciones, el hueso, el marfil, los colorantes vegetales, las substancias curtientes, las pieles, las fibras textiles, el papel, las colas, las grasas, ceras y lubricantes, los materiales para barnices y perfumes, las esencias, las primeras materias alimenticias, etc. Las tablas numéricas referentes a las propiedades de las substancias estudiadas facilitan las operaciones. Un tomo de 514 páginas, con 93 grabados y 142 tablas numéricas, editado en Barcelona por Gustavo Gili;

precio, ocho pesetas en rústica y nueve encuadernado en tela inglesa.

PANORAMA UNIVERSAL. MONUMENTOS RELIGIOSOS. — El propósito que ha guiado al autor de esta publicación ha sido dar en pocas páginas el trasunto gráfico del desarrollo que el arte arquitectónico religioso ha tenido a través del tiempo y de las civilizaciones; y preciso es confesar que al propósito corresponde perfectamente el resultado, pues en las páginas de este libro se va desenvolviendo como en un vasto panorama el referido aspecto de la historia de los pueblos desde la antigüedad más remota hasta los días en que vivimos, y puede, por consiguiente, contemplarse la marcha gradual de los siglos que la mano del hombre ha dejado escrita en grandes páginas de piedra. Contiene el libro 111 vistas de los principales templos del mundo acompañadas de las correspondientes explicaciones. Forma un magnífico álbum de 48 páginas, editado en Barcelona por la casa Antonio J. Bastines.

OBRAS COMPLETAS DE D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS

Muchas ediciones se han hecho de los escritos de tan Ilustre Vate, ya en su conjunto o ya de cada uno de sus diferentes poemas o composiciones, pero ninguna tan completa como la que anunciamos, revisada y corregida por su mismo autor, y aumentada con algunas poesías inéditas.

Forma un abultado tomo tamaño cuarto y se vende encuadernado con tapas alegóricas al precio de 16 pesetas.

HOMENAJE A D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo de las bellísimas DOLORAS de este poeta, ilustrada con hermosas viñetas intercaladas, de los celebrados artistas José Luis Pellicer y José Sala, y veintiséis hermosas láminas impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor José M.^a Tamburini, ejecutadas expresamente para esta notable edición.

Un tomo gran folio, impreso sobre papel *couché*, ricamente encuadernado, muy a propósito para regalos. Se vende a 15 pesetas ejemplar.



Ramón de Campoamor

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MCNTANER Y SIMÓN